

Biblioteca del Pensamiento Económico

André G. Frank
André Gunder Frank. El subdesarrollo como problema

Revista BCV
Biblioteca del Pensamiento Económico
André Gunder Frank
ISSN: 0005-4720
1. Frank, André Gunder
2. Subdesarrollo
3. Economía - Latinoamérica

© Banco Central de Venezuela, 2005
Esta publicación es un suplemento
de la *Revista BCV*, vol. XIX, n° 2, julio-diciembre 2005
Hecho el Depósito de Ley
Depósito Legal: lf35220053303881
ISBN: 980-394003-1

Dirección: Banco Central de Venezuela,
Edificio Sede, piso 3, Av. Urdaneta,
Esquina de Las Carmelitas, Caracas 1010
Dirección postal: Apartado 2017,
Carmelitas, Caracas 1010, Venezuela
Teléfonos: (58-212) 801 8132 / 801 5380
Fax: (58-212) 861 0021
scaula@bcv.org.ve
www.bcv.org.ve

Producción editorial: Departamento de Publicaciones BCV
Coordinación del número: Beatriz Oropeza
Diseño de carátula: Luis Giraldo
Diseño de la tripa: Ingard Gherembeck
Diagramación: Elena Roosen
Corrección: María Enriqueta Gallegos
Impresión: Fundación La Casa de Bello
Tiraje: 1.000 ejemplares

— Presentación José Moreno Colmenares	9
— André Gunder Frank El subdesarrollo como problema	
La dependencia de Celso Furtado	15
Desarrollo del subdesarrollo	23
Dependencia económica, estructura de clases y política del subdesarrollo en América Latina	35
— Bibliografía de André Gunder Frank	55

Introducción

Introducción

Presentación

Moreno C.
José Moreno Colmenares*

André Gunder Frank fue un acurado representante de lo que se ha denominado el científico social, el cual, aun cuando formado en el conocimiento parcelado de una asignatura específica, se inclina, milita y lucha por el examen analítico interdisciplinario de los fenómenos económicos, sociales y políticos que conforman la cotidianidad de las sociedades humanas.

Es un modelo de investigador de la vida social que se contrapone a la visión tecnocrática pura, abstracta y ahistórica de los fenómenos ya citados en el párrafo anterior, los cuales se manifiestan fuertemente interpenetrados e interdependientes en la vida real.

En consecuencia, el enfoque empleado por quienes están afiliados a esta tendencia del pensamiento científico, se caracteriza por su fundamento histórico estructural y el uso de los instrumentos conceptuales en función de la realidad concreta explorada, así como del tipo de sociedad en la cual ocurre el proceso civilizatorio y de la etapa histórica que se vive en ese presente. Dicho en otros términos, el análisis ha de ser integral con una metodología comprensiva de la totalidad del fenómeno y que vaya más allá de las fronteras de una sola disciplina del conocimiento, ajustado al hecho o proceso particular generado y a la coyuntura real y temporal en el cual se producen. Todo ello aceptando inequívocamente el proceso acumulativo básico del saber y su permanente enriquecimiento y avance, pero reafirmando la condición dinámica y dialéctica del mismo. En este sentido, quizás

* Economista, Director de la *Revista BCV*, Asesor a la presidencia del Banco Central de Venezuela.

sea pertinente la cita siguiente: “Mientras más importante ha sido una teoría en vista de su relación con la realidad concreta, tanto menos será ella eternamente verdadera, condición que en el mejor de los casos se reserva a tautologías vacías” (Frank, p. 4).

Frank nació en Berlín el 24 de febrero de 1929 y murió en Luxemburgo el 23 de abril de 2005. Huyó de Alemania con su familia para escapar del régimen nazi y se radicó en Estados Unidos en 1941. Se doctoró en Economía en el año 1957 en la Universidad de Chicago, donde cursó seminarios dirigidos por Milton Friedmann, Arnold Habegger y Ted Schultz, economistas defensores del neoliberalismo y del enfoque monetarista. Allí Frank dio muestras de su inclinación a la polémica y del enfrentamiento con las tesis de la Escuela de Chicago.

Desde 1957 hasta 1962 fue conferencista y profesor auxiliar en las universidades de Michigan, Iowa y Wayne State. En 1962 se trasladó a Suramérica y se desempeñó como profesor asociado de la Universidad de Brasilia, donde enseñó Teoría Antropológica. Luego viajó a México, donde fue catedrático en la Escuela de Economía de la Universidad Nacional Autónoma de México en 1965. Desde 1966 a 1968 estuvo de profesor visitante en el Departamento de Economía e Historia en la Universidad Sir George Williams, Montreal, Canadá. En 1968 viajó a Chile y actuó como docente-investigador en la universidad de ese nombre, en el Departamento de Sociología en la Facultad de Economía, implicándose como activista político en respaldo del régimen del presidente Salvador Allende.

Al acontecer el derrocamiento del Gobierno de Allende por el Ejército, se marchó a Europa y se empleó como docente-investigador en el Instituto Max Planck, en Starnberg, Alemania, desde 1974 a 1978; este último año se traslada a Norwich, Inglaterra, contratado por la Universidad de East Anglia para dictar la asignatura Estudios del Desarrollo. En 1981 fue profesor de Desarrollo Económico y Social en la Universidad de Amsterdam, donde permaneció alternando su labor con estadías en universidades de gran parte del mundo. Su vida fue intensa y su participación en reuniones, instituciones y grupos de investigación le sirvió para recorrer el mundo y difundir su pensamiento.

Su obra escrita es numerosa y cubre un amplio espectro económico, social y político, relacionado con el desarrollo contemporáneo del sistema mundial de países industrializados y, de manera especial, con los problemas y temas del Tercer Mundo y Latinoamérica. Fue autor de más de 1.000 publicaciones editadas en treinta idiomas, en las cuales se incluyen libros, impresos, capítulos de obras colectivas, artículos en publicaciones periódicas especializadas y divulgativas. Escribió en diarios y mediante la red electrónica.

La obra de Frank es la de un coloso del pensar, “...Gunder Frank es de lejos el más citado y el más discutido en el mundo como revelan varios estudiosos sobre el tema y las más de 30.000 entradas que tiene en Internet...” (Dos Santos, p. 1).

En los últimos años de su existencia la atención de Frank, su inquietud creadora y de polemista se volcó hacia la historia del mundo, elaborando, conjuntamente con otros autores, una teoría sobre el sistema mundial, que examina las características y consecuencias del proceso de acumulación capitalista de los últimos quinientos años de la humanidad.

Sus reflexiones revisan sus mismas posiciones teóricas y su pensamiento, con sentido crítico y enorme apertura, e hizo un llamado para que se concentrara la investigación y el análisis en el proceso histórico de acumulación capitalista, como centro de toda la dinámica de la economía y la sociedad mundial. En este sentido, sus dos últimas obras, *The world system* y *ReOrient*, recogen el desarrollo del pensamiento de Frank y las nuevas formulaciones que lega a los científicos sociales para futuros debates e investigaciones.

Los tres documentos reunidos en esta entrega de la Biblioteca del Pensamiento Económico tienen la intención de recoger algunos de los hitos de su discurso teórico. Dos que suscitaron encendidas polémicas y debates académico-políticos en la década de los sesenta y uno más reciente que toma como pretexto un homenaje al también fallecido Celso Furtado, en el cual Frank se autocritica en algunos aspectos, resume la revisión de su pensamiento y esboza las nuevas líneas de reflexión e investigación que propone. Allí, como lo señala expresamente, vuelve al tema de la teoría de la dependencia con sentido crítico.

En resumen, Frank desarrolla en estos tres trabajos sus apreciaciones a partir de las siguientes premisas:

- El desarrollo capitalista engendró el subdesarrollo desde el mismo momento en que se produce la fase de expansión mercantil.
- La dependencia no es un fenómeno externo exclusivamente, sino también interno, y funciona con una estructura y una dinámica semejante al de un sistema planetario.
- En los países no desarrollados se produce el desarrollo del subdesarrollo mientras haya dependencia.
- La renovación ideológica del pensamiento requiere reanalizar el proceso de acumulación del capital en el mundo.

Bibliografía consultada

DOS SANTOS, T. (2005). *André Gunder Frank*, <http://www.redvoltaire.net/article4912.htm> (27-04-2005).

FRANK, A.G. (1970). “Dependencia económica, estructura de clases y política del subdesarrollo en América Latina”, *Economía política del subdesarrollo en América Latina*, Buenos Aires, Argentina, Editorial Signos.

_____ (1970). “Desarrollo del subdesarrollo”, en *Economía política del subdesarrollo en América Latina*, Buenos Aires, Argentina, Editorial Signos.

_____ *La dependencia ha muerto, viva la dependencia y la lucha de clases*, <http://www.eumed.net/cursecon/textos/2005/agf-critic.htm>

_____ *La dependencia de Celso Furtado*, <http://www.eumed.net/cursecon/textos/2005/agf-depende.htm>

GARCÍA MENÉNDEZ, J.R. (2005). *In memoriam: André Gunder Frank, economista, historiador, sociólogo... maestro*, http://www.usc.es/gl/xornal/opinions.action?id=15325&_print=true (03-05-2005).

INTERNATIONAL INSTITUTE FOR SOCIAL HISTORY. *André Gunder Frank: a short professional biography*, http://www.raec.clacso.edu.ar:8080/raec/members/matias/news_item.2005-04-25.318932.

André G. Frank

André Gunder Frank. El subdesarrollo como problema



La dependencia de Celso Furtado

Frank
André Gunder Frank

La reciente publicación de un libro sobre la dependencia, por Theotonio dos Santos, que dedica un tercio a Brasil, da ocasión para volver sobre el tema también en mi homenaje a Celso Furtado. Con toda razón, escribe Theotonio que considera una cuestión secundaria la de si el creador de la teoría de dependencia fue él, Fernando Henrique o André Gunder Frank. Diría que no es o no debería ser cuestión alguna, pues –como alguna vez señaló Gunnar Myrdal– todas las teorías económicas surgen del momento político que genera su necesidad y le da su razón de ser. No obstante esta advertencia, la historia no se mueve por sí sola, sino también por la participación y contribución real de personas vivas y por la vida de personas reales. En este contexto, una muy importante ha sido la de Celso Furtado.

Lamentablemente, Celso aún no recibe el reconocimiento y los galardones que la contribución e importancia de su obra y vida seguramente merecen. Así es acaso, en parte, por la incorporación y derivación que su trabajo ha tenido en y por instituciones que no resaltan sus méritos personales. En parte también lo es porque él mismo no sobresale por promoverse a sí mismo. Así fue con su participación en el Gobierno de Joao Goulart como Ministro de Planificación y con su importante contribución durante sus largos años en la Cepal. La excepción, quizá, es su logro como director fundador de Sudene, pues el público ha identificado correctamente la institución misma con Celso. Además de esto, ha sido a lo largo de los años y a nombre propio su participación pública y reiteradamente crítica en la política económica brasileña y sus muchos libros sobre el subdesarrollo.

Por ejemplo, correctamente criticó, de manera pública, al presidente Lula por seguir con la misma política de altos intereses de su predecesor Fernando Henrique Cardoso. Celso lo hizo en ocasión del lanzamiento por otros de su candidatura al Premio Nobel de Economía. El no haber sido así galardonado es ejemplo de la insuficiencia de su visibilidad. Ésta ahora aumenta irónicamente no al otorgarle

un merecido premio, sino al anunciar un premio para otros en economía política, para sumarse a una red eurolatinoamericana de investigación que lleva su nombre. A la vez, su discurso fue otro ejemplo más de que la participación y contribución de Celso siempre surgió de y reflejó a la realidad política económica que él vivió, pues Celso siempre entendió el quehacer de su profesión como un reflejo de lo que seguramente sentía que era su correspondiente deber cívico y político en cada momento histórico y así fue también su servicio a su país como Embajador en Francia y en la Unesco. Así, podríamos decir que el gran mérito es la propia dependencia de Celso del ambiente que él vive y la conversión de su problemática en su propia obra vital.

Celso, con su investigación, análisis y escritura, también forma parte importante del desarrollo de los enfoques del estructuralismo y de la dependencia sobre el subdesarrollo latinoamericano, aun si él mismo nunca los bautizó como “teoría”, por supuesto que así fue en y para la Cepal, pero así fue también para mí, pues encontré en su *A formação economica do Brasil*, publicada en 1959, la base fundamental para mi trabajo, junto con los de Simonsen y Caio Prado, Jr., para Brasil, y Sergio Bagú y Silvio Frondizi, para Argentina, y Aníbal Pinto, para Chile. Seguramente, así fue también para el desarrollo de “la dependencia” por otros brasileños como Fernando Henrique Cardoso, Theotonio dos Santos y Ruy Mauro Marini y otros latinoamericanos como Enzo Faletto y Oswaldo Sunkel en Chile, Aníbal Quijano de Perú, Héctor Silva Michelena y Armando Córdova en Venezuela, y los mexicanos Pablo González Casanova, Rodolfo Stavenhagen, Alonso Aguilar y Fernando Carmona. Para nuestro trabajo sobre el subdesarrollo latinoamericano, el análisis de Celso, pero también su trabajo en la Sudene, seguramente formó una base tan importante como ha sido el –acaso también el nuestro– reconocimiento del mismo. Es ocasión de reparar este error. Otra vez, en mi caso, si bien en 1963 hice una dura crítica a *A pre-revolução brasileira*, de Celso, publicado en 1962, ésta también contribuyó a mi propia formación.

Celso también muestra la derivación histórica del momento en sus intervenciones en la política económica brasileña como lo hace Theotonio en el comentado libro. Éste hace un bosquejo del decenio de la preguerra que limitó el ingreso de divisas a los países latinoamericanos y los obligó a poner en práctica con fuerte intervención del Estado una política de sustitución de importaciones. Así lo hizo Argentina cuando Raúl Prebisch era ministro, antes de lanzar la teoría por la Cepal, en 1949. Además, fuera de la ligera familiaridad en Brasil con Manoilescu, pero como teórico, a pesar de que también él fue Ministro de Economía en Rumania, es muy dudoso que alguno de los arriba mencionados u otros “creadores” de la teoría y política contra la dependencia en América Latina tuvieran idea alguna de que Yugoslavia, Rumania, Bulgaria, Grecia, Irán y Turquía, cada uno por sí solo y los Balcanes en conjunto, adoptaron esta misma política estatal de sustitución de importaciones y la defendieron teóricamente durante la misma

crisis económica de los años treinta, como bien lo demuestra Dilek Barlas en su libro sobre *Etatism & diplomacia en Turquía 1929-1939*. Por cierto, su implantación fue también inhibida por una fuerza económico-política exterior que para ellos fue la Alemania nazi, como para Latinoamérica fue Estados Unidos. Podríamos preguntarnos por qué su experiencia y teorización no alcanzó renombre mundial, tal como la de la latinoamericana sobre la dependencia. La respuesta se encuentra fácilmente al invertir la pregunta: ¿Por qué la popularidad de la dependencia en Latinoamérica y su difusión por el mundo? Theotonio no lo pregunta, pero hacerlo es lo más esencial para entender de qué se trató o se trata. Para responder, bastan dos palabras: Cuba y Vietnam.

Escribo trató o trata, porque el número actual de una de las dos revistas norteamericanas más prestigiosas sobre asuntos internacionales, *Foreign Policy* (noviembre-diciembre 2002), está dedicado a qué pasó con... marxismo, valores asiáticos, límites al crecimiento, teoría de la dependencia, destrucción mutua asegurada (MAD) y el complejo militar-industrial. Fuera de reconocer alguna vida aún al último, los demás, según los “cerebros notables”, como el director de la revista los llama, son pronunciados muertos (¿algunos antes de nacer!) y bien ubicados en el tarro de la basura de la historia. Allí me tiene a mí de dependentista. Fernando Henrique se salvó, según el autor, por abandonarla. En ilustración a lo que digo sobre reconocimientos, a Celso y a Prebisch ni se mencionan, sino tan sólo a la Cepal como institución. No debe sorprender el fallo negativo del autor, pues, si no se lo esperaba, no habría valido la pena preguntar. Lo que sí llama la atención es la tergiversación del tema, las malatribuciones de argumentos y la ausencia de evidencia sobre la cual el doctor, profesor de finanza internacional y desarrollo, Andrés Velasco, de la Universidad de Harvard, pronuncia la sentencia de muerte.

Theotonio hace lo contrario en tres ensayos escritos para audiencias diversas. Theotonio revisa la historia de la realidad reciente y muestra cómo ella eligió la teoría de la dependencia en respuesta a un régimen teórico y las asociadas políticas económicas que ya no daban para más. Si bien vuelve sobre algunos de las discusiones bien conocidas por los participantes y la generación de estudiantes, políticos y gente común para los cuales todo esto era el pan diario, también dedica un capítulo mayor al Brasil de Celso Furtado y a Fernando Henrique.

Parece que volver sobre lo de la dependencia hace falta, pues varias veces cada semana me llegan *e-mails* de doquier; esta semana de Nepal, de estudiantes que no habían ni nacido en nuestra época y que ahora me preguntan qué es esto de la dependencia y dónde podrían informarse. Es peor; después de que recién Theotonio y yo habláramos en la UNB 40 años después que estuvimos allí de profesores fundadores, un estudiante se acercó a preguntarme: “¿Qué es esto de la dependencia y el sistema mundial?” Al preguntar a nuestro profesor huésped si este estudiante es representativo de los demás, él contesto que sí, pues la única

literatura que ahora leen es la norteamericana. Qué bien, pues de aquí en adelante puedo reenviar a los que me preguntan a Theotonio, y –por qué no– también a Celso.

Además, Theotonio –ya decenios atrás– nos llamó la atención acerca de que tenemos nosotros mismos que hacer nuestro propio estudio de la economía mundial, como luego lo hizo él mismo y yo también y Celso en sus trabajos cada vez más globales, como últimamente el libro *O capitalismo mundial*, después de sus libros sobre *Dependencia y subdesarrollo: la conexión fundamental*, *El mito del desarrollo y el futuro del Tercer Mundo*, y *Desarrollo económico de América Latina* y su ya mencionado trabajo sobre Brasil. Pues no se puede confiar en los estudios de la problemática mundial y tercermundista elaborados por los que la manejan a su gusto, ni a sus portavoces “teóricos”, vale decir, ideológicos, como de los cuales es botón de muestra y prueba este señor profesor de Harvard con nombre y apellido español.

Los análisis mundiales de Celso y Theotonio inciden y se reflejan en lo que vuelve a demostrar la dependencia misma. Ellos también valen para contestar a las críticas cada vez más duras de nuestra labor, que no fue perfecta, pero todavía bastante mejorcita que la de nuestros críticos mismos. Esto vale para empezar por los críticos venidos desde la izquierda, que mucho después condujeron a un callejón sin salida, como lo fueron los modos de los produccionistas que nos acusaron de circulacionistas que olvidaron la lucha de clases. Por supuesto, vale para los de la derecha que pronunciaron la muerte a la dependencia (a ella misma, no tan sólo a la teoría), precisamente en el decenio perdido por la crisis de la deuda de los ochenta. Aún mucho más que la inversión extranjera, la crisis de la deuda externa (e interna, especialmente ligadas en el Brasil) convirtieron los mismos estados en Latinoamérica en instrumentos fieles y hábiles de la finanza internacional, que chupaba –y aún lo hace– la sangre del pueblo a los bancos de Wall Street y al Tesoro norteamericano. En México, se contestaba a los de Washington “no podemos apretarnos más el cinturón, pues ya lo comimos ayer”. Acordémonos del *Fujishock* que sufrieron los pobres peruanos cuando escogieron a don Alberto porque prometió no implantar la política del FMI que ofreció su opositor Vargas Llosa y lo hizo peor de lo que aun Vargas Llosa había prometido hacer. Veamos a la pobre Argentina, una vez el país más orgulloso del continente con la sociedad más europeizada y ahora destrozado por Estados Unidos y su lacayo ex peronista Carlos Menem que dejó la sociedad de su país deshecha como ninguna otra –fuera de Rusia– por la dependencia al dólar, al cual ligaron el peso; éste no lo aguantó y menos a un dólar de por sí sobrevaluado en el mercado mundial. Si esto no es una manifestación de dependencia, señor perito en finanza internacional Velasco, agradecería cualquier esclarecimiento sobre lo que sí podría serlo. Theotonio dedica especial atención en su libro, como también lo hizo Celso Furtado en otras publicaciones, a nuestro compadre de la dependencia Fernando

Henrique Cardoso y con mucha razón, no sólo por ser los tres brasileños, sino por el mal ejemplo que nos ha dado el último, pues ha ido cambiando de vocabulario varias veces para llegar a la presidencia de Brasil y durante sus 8 años de oficio. Cambia de vocabulario, digo, pero no de carácter ni de política, como bien señaló también Theotonio. De carácter, ha tenido la gentileza hacia mí de telefonarme cuando era Presidente y yo salí del hospital; me recordó en varios foros públicos y que aún me agradece haber ido a recibirlo al aeropuerto en Santiago, Chile, cuando él llegó al exilio por el golpe de 1964. En cuanto a política, me acuerdo que FHC me dijo en un hotel en París: “Yo soy socialdemócrata y en un gobierno mío haré lo que dentro de la socialdemocracia puede hacerse, en especial, en el campo interno”. Y eso hizo –bueno o, más bien, malo– en materia de política agraria y social, en la cual hizo bastante menos de lo que de él podíamos haber esperado. Pregunten al MST, cuyas quejas y movilizaciones siguen igual o son aún más, bajo el gobierno de Lula.

De una de las caricaturas más absurdas que de los dependentistas se hizo es la de que se olviden de las condiciones y relaciones internas de un país para enfocar tan sólo en una dependencia externa. Celso y Theotonio muestran que nuestra tesis fue más bien la contraria. Además, sería absurdo que los dependentistas no estudiaran sus propias sociedades, pues, como también nota Theotonio, ellos han sido predominantemente sociólogos, como él mismo y Fernando Henrique, quien, antes de ser presidente de Brasil, fue Presidente de la Asociación Internacional de Sociología. Algunos historiadores como Simonsen y Bagú fueron precursores y después otros pocos siguieron; politólogos había pocos y economistas casi ninguno, con excepción de Celso y mía, y después tres más tardíamente llegados, que me acuerdo. Lo más importante era y es que se superaron estas distinciones disciplinarias. Si fuera sólo una relación externa que nos quita parte de lo que producimos –me acuerdo escribir alguna vez–, podríamos aguantarla. El meollo del problema reside en qué y cómo la dependencia externa involucra igualmente las relaciones internas hasta el punto que forma la estructura de clases y determina las políticas de las capas altas y medianas y, con esto, también de las bajas... Brasil, desde Getulio y Juscelino, Joao y los militares y sus sucesores civiles hasta Fernando Henrique y ahora Lula, dan los ejemplos que más claramente nos muestran y enseñan esta cara interna de la dependencia. Lo anterior da para que Celso haga sus publicaciones críticas y para que Theotonio pase revista por muchos de ellos, en particular, por nuestro codependentista Fernando Henrique y ahora por los comentarios críticos que les merece la política económica y hasta la política lulista misma.

En cuanto al desarrollo dependiente que FHC pronunciara factible ya aún en el exilio, bajo su capitanía el dependiente navío brasileño navegó en el mar global, pero bastante mal y casi naufragó. Como cualquier otro socialdemócrata en América Latina, Europa o Canadá, Australia y Nueva Zelanda se aplicó la mal llamada

política neoliberal, de la cual este último se hizo campeón... Así que FHC entregó Brasil a Lula no sólo en un estado deplorable, sino mucho peor de como él lo había recibido, con una deuda aún mayor y menos pagable o manejable con superávit comerciales y de reservas menores, tasa de crecimiento más baja, pobreza mayor, como lo demuestran no sólo Celso y Theotonio, sino la triste realidad palpable para cualquiera, tanto que José Serra, elegido por FHC como su sucesor, apenas sacó el 33% de los votos.

FHC hizo el servicio a la deuda lealmente como cualquiera, salvo que financió la deuda externa por una interna basada en tasas de interés de 60% para atraer fondos particulares, tanto nacionales como extranjeros; pero, claro, con los únicos resultados esperables. Los que saben jugar con intereses tan altos pueden enriquecerse aún más y sacar su plata del país, pero para el pobre industrial que necesita empréstitos para empezar o continuar su empresa y el empleo que da, no hay ni botes salvavidas para éste y sus pobres obreros y empleados. Es más, FHC, deliberadamente, firmó acuerdos recientes con el FMI que dejan a Lula con las manos atadas y quizá los pies también. Esto es antes de que el virus argentino invada Brasil y el casino del capital especulativo salga de un golpe, que puede dejar a Brasil en el fondo. Recordamos cómo un presidente mexicano se las arregló de igual manera para que la crisis financiera se postergara y explotara hasta el primer mes del mandato de su sucesor. Ahí vale la pena la comparación con el Chile de los Chicago Boys que han impuesto un control estatal sobre la ida y vuelta de la plata, como también lo hizo Malasia y Bielorrusia –y Yugoslavia bajo Milosevic–, todos en la lista de los fallidos del FMI, pero que ofrecen a su población, por lo menos, alguna protección. Nada de esto hizo FHC en Brasil, campeón mundial no tan sólo de fútbol, sino también de la desigualdad de la distribución del ingreso. Del pan y circo de los romanos, los sambódromos y el fútbol los hay; pero dónde está el pan diario o la supervivencia de jóvenes que, en la calle, los fusilados son más que los accidentados. Con esto, la tasa de crecimiento disminuyó y la cesantía creció bajo la capitanía de FHC. Ése ha sido el caso otra vez en el primer semestre del mandato lulista, como acertadamente observó Celso en su ya mencionada intervención. Incluso, FHC entregó parte de la soberanía formal de Brasil a los norteamericanos al permitirles negar entrada a brasileños en su base de cohetes en el Amazonas, ¿a cambio de qué? Es un problema de soberanía brasileña que ahora sigue atormentando a Lula.

A menudo se me pregunta, y quizá a Celso, Theotonio y hasta a Fernando Henrique, qué pienso ahora de la dependencia, de sus aciertos y de los errores que cometimos. El primero de estos últimos, diría, es que pensábamos que nuestras concepciones de la dependencia se diferenciaron mucho más de lo que ahora vemos. Afortunadamente, nuestras discusiones y críticas por escrito entre Theotonio y yo, y las de Fernando Henrique y José Serra (este mismo que como su candidato para seguirlo en la presidencia sacó apenas 33% de los votos contra el 61% de Lula)

dirigidos a todos nosotros, siempre incluido Ruy Mauro Marini, sirvieron menos para apartarnos que para obligarnos a cada uno a hacer nuestros argumentos más sólidos y más cercanos a los demás. No hubo nunca tanta diferencia. Al decir esto, en general, da ocasión también para hacerme la autocrítica y públicamente pedir perdón a Celso por haber retitulado su *Pre-revolução brasileira* de 1962 como *Contra-revolução*, pues a la postre tenemos que admitir que no se trataba de pre ni de contrarrevolución, sino de ninguna revolución y en esto la historia dio la razón a Fernando Henrique. En analizar la realidad de la dependencia, más bien uno agregó otra observación más a un conjunto y complejo de dependencia que siguió creciendo, no tan sólo en nuestras descripciones, sino lamentablemente también en la realidad. Mientras yo, últimamente, me he ocupado de la historia mundial y no de la dependencia latinoamericana, pero sí ahora le doy una mirada desde lejos y tan sólo veo que ésta ha crecido y se ha fortalecido cada vez más. Es lo que nos muestra también Theotonio por lo que escribe en este libro y se nos muestra aún mucho más en los hechos –y en lo no hecho o dejado de hacer, porque no se puede o se dice que no se puede– como a menudo ha dicho nuestro amigo Fernando Enrique, o sea, la dependencia está viva y bien, pero, como dijo un presidente general de Brasil, “Brasil está bien, pero el pueblo no”.

Ahora bien, hay que hacerse la otra pregunta mayor: ¿Qué política seguir contra la dependencia para acabar con ella y el subdesarrollo que genera? Ahí discutimos y discrepamos aún más, en especial Celso y yo, pero tan sólo aparentemente, porque la triste verdad es que ninguno de nosotros ni los políticos fuimos capaces de dar una respuesta válida, o sea, una que haya resultado, ni tampoco alguna que resulte hoy. Mucho menos, nos pusimos la pregunta: Y después, ¿qué hacer?

Aquí reside la debilidad de todos nosotros, también de Celso y de Theotonio, que se refiere no a que no contestamos esta pregunta que no tiene respuesta, sino en que no la formulamos adecuadamente, porque, al no ponerse la pregunta de cómo realmente desdependizarse o qué significaría hacerlo, ni mucho menos de qué y cómo hacer después, dejamos ir el grano del problema. No vemos cuánto nos equivocamos. No es que nuestros antagonistas y enemigos ofrezcan respuestas mejores; tampoco dicen verdad de cómo acabar con la dependencia que hay de verdad y, por supuesto, no puede hacerse al sólo negar su real existencia al estilo de Andrés Velasco en Harvard. Mucho menos nos dicen cómo acabar con la pobreza, alienación, etcétera, que, según ellos, ni siquiera se deriva de ninguna dependencia.

Claro es que mucho más equivocados no podrían haber sido los que voluntariamente se dejaron llevar por el Consenso de Washington y, si no fuera tan horroroso, podría parecer divertida la excusa que ofrece el Dr. Washington al decir que su medicina era correcta y que el problema reside tan sólo en que los pacientes –y cuán pacientes eran y aún son– no se la tragaron en cantidades suficientes. El

secretario del Tesoro norteamericano O'Neill (¡después lo despidieron!) se fue a Argentina alegando esto mismo y envió el mismo mensaje a Brasil, pero –antes del reajuste de aumentar las dosis del mismo remedio– ya había pasado con Rusia y Europa oriental, en los noventa, y con Asia del sudeste después de 1997 –previsiblemente con resultados más desastrosos–, lo que literalmente destruyó sus sociedades aún más que en Latinoamérica, fuera de Argentina. El arquitecto principal de esta política fue Lawrence Summers, tanto en el Banco Mundial como en la Tesorería norteamericana, y por haber deliberada y literalmente destrozado a varias sociedades ha sido premiado con la presidencia de la más prestigiosa universidad norteamericana: Harvard, donde trabaja nuestro comentarista Andrés Velásquez. En cambio, el pobre Lula se quedó con un retraso dependiente de años luz, ya antes de tomar el gobierno –pero no el poder–, como solía decir Salvador Allende, tanto respecto a nuestros sueños como a las realidades de la dependencia que conocimos y combatimos.

Este artículo se escribió como contribución a un libro en homenaje a Celso Furtado, compilado por Theotonio Dos Santos para Reglen, Río de Janeiro, Brasil. Fuente: *Rebelión*, 2004.

Desarrollo del subdesarrollo

Frank
André Gunder Frank

I

No podemos esperar formular teorías y programas adecuados sobre el desarrollo para la mayoría de la población mundial que sufre el subdesarrollo, sin antes conocer cómo su pasado económico y su historia social dieron lugar a su actual subdesarrollo. No obstante, casi todos los historiadores sólo se ocupan de los países metropolitanos desarrollados y prestan escasa atención a las reuniones colineales y subdesarrolladas. Por esta razón la mayor parte de nuestras categorías teóricas y nuestras guías para la política de desarrollo provienen exclusivamente de la experiencia histórica de las naciones avanzadas capitalistas de Europa y de Norteamérica.

Y puesto que la experiencia histórica de los países coloniales y subdesarrollados ha probado ser muy diferente, las teorías en nuestro poder fallan completamente en reflejar el pasado de la parte subdesarrollada del mundo y, por ende, reflejan sólo en parte a la historia del mundo en su todo. Y lo que es aún más importante, nuestra nigromancia de los países subdesarrollados nos lleva a aceptar que su pasado y hasta su presente se asemeja a las etapas primitivas de la historia de los países hoy desarrollados. Esta ignorancia y esta aceptación nos ha llevado a serias concepciones falsas sobre el subdesarrollo y el desarrollo contemporáneos. Además, la mayoría de los estudios del desarrollo y del subdesarrollo adolecen de no tomar en cuenta las relaciones económicas y otras entre las metrópolis y sus colonias económicas a lo largo de la historia de la expansión mundial y del desarrollo del sistema capitalista como un todo y en tener en cuenta su generación simultánea de subdesarrollo en algunos lugares y desarrollo económico en otros.

Generalmente se sostiene que el desarrollo económico ocurre en una sucesión de etapas capitalistas y que los actuales países subdesarrollados están todavía en una etapa, a veces descrita como una etapa histórica original, por la cual las actuales naciones desarrolladas pasaron hace mucho tiempo. Sin embargo, el más modesto

conocimiento de la historia muestra que el desarrollo no es tradicional y que ni el pasado o el presente de los países subdesarrollados se parecen, bajo ningún concepto importante, al pasado de los países actualmente subdesarrollados. Los hoy países desarrollados nunca tuvieron subdesarrollo, aunque pueden haber estado poco desarrollados. Es también ampliamente sabido que el subdesarrollo contemporáneo de un país puede ser concebido como producto o reflejo de sus propias características o estructuras económicas, políticas, sociales y culturales. Pero la investigación histórica demuestra que el subdesarrollo contemporáneo es, en gran parte, el producto histórico de la economía pasada y actual y de otras relaciones entre los satélites subdesarrollados y los actuales países metropolitanos desarrollados. Lo que es más, las relaciones son parte esencial de la estructura y el desarrollo del sistema capitalista a escala mundial en conjunto. Un punto de vista relacionado con esto y también ampliamente erróneo es que el desarrollo de esos países subdesarrollados y, dentro de ello, de sus áreas domésticas más subdesarrolladas, deben ser y serán, generado o estimulado por la difusión de capital, instituciones, valores, etc. ... en los mismos desde las metrópolis capitalistas nacionales o internacionales.

Las perspectivas históricas basadas en la experiencia pasada de los países subdesarrollados sugieren que, por el contrario, el desarrollo económico de los países subdesarrollados puede ocurrir actualmente solo, independientemente de la mayoría de esas relaciones de difusión.

Evidentes desigualdades de renta y diferencias culturales han llevado a muchos observadores a ver sociedades y economías “duales” en los países subdesarrollados. Se supone que cada una de las partes tiene una historia propia, una estructura y una dinámica contemporánea, ampliamente independiente de la otra. Se supone que sólo una parte de la economía y la sociedad ha sido afectada, en forma importante, por relaciones económicas íntimas con el mundo capitalista “exterior”, y esta parte se ha vuelto moderna, capitalista y relativamente desarrollada, precisamente a causa de este contacto. La otra parte es considerada como diversamente aislada, basada en la subsistencia precapitalista y, por lo tanto, más subdesarrollada. Creo, por el contrario, que toda tesis de la “sociedad dual” es falsa, que las recomendaciones de políticas a las que lleva, si se siguen, sirven solamente para intensificar y perpetuar las propias condiciones de subdesarrollo que supuestamente deben remediar.

Gran cantidad de evidencias que aumentan por día, sugieren, y estoy seguro de que serán confirmadas por las futuras investigaciones históricas, que la expansión del sistema capitalista en los siglos pasados penetró efectiva y totalmente aun los aparentemente más aislados sectores del mundo subdesarrollado. *Por consiguiente, las instituciones y relaciones económicas, políticas, sociales y culturales que observamos actualmente ahí, son productos del desarrollo histórico del sistema capitalista, tanto como son los aspectos más modernos o rasgos capitalistas, de las metrópolis*

nacionales de estos países subdesarrollados. Análogamente a las relaciones entre desarrollo y subdesarrollo a nivel internacional, las instituciones subdesarrolladas contemporáneas de las llamadas áreas atrasadas o doméstico-feudales de una nación subdesarrollada son, no menos, producto de un simple proceso histórico de desarrollo capitalista de las supuestas áreas progresivas. En este trabajo me gustaría esbozar los tipos de evidencia que respaldan esta tesis y al mismo tiempo indicar ciertos lineamientos futuros a los que podrán seguir estudios e investigaciones fructíferos.

II

El Secretario General del Centro Latinoamericano para la Investigación en Ciencias Sociales escribe en el diario del Centro: “La posición privilegiada de la ciudad tiene su origen en el período colonial. Fue por el Conquistador para servir los mismos fines que siguen sirviendo hoy en día: incorporar la población indígena a la economía producida y desarrollada por el Conquistador y sus descendientes. La ciudad regional era un instrumento de conquista y es aún hoy un instrumento de dominio”¹. El Instituto Nacional Indigenista de México confirma esta observación cuando señala que “la población mestiza, de hecho, siempre en la ciudad, centro de una región intercultural, que actúa como metrópoli de una zona de población indígena y que mantiene una íntima relación con las comunidades subdesarrolladas que une el centro con las comunidades satélites”². El Instituto va hasta señalar que “entre los mestizos que viven en la ciudad núcleo de la región y los indios que viven en las zonas campesinas del interior hay, verdaderamente, una más cercana interdependencia económica y social de lo que se puede apreciar a primera vista” y que las metrópolis provinciales “al ser centros de intercambios son también centro de explotación”³.

Y así, esas relaciones metrópoli-satélites no están limitadas por el nivel imperial o internacional, sino penetran en la propia vida económica, política y social de los países y las colonias latinoamericanos. Así como la capital nacional y colonial con su sector de exportación se convierte en satélite de la metrópoli ibérica, y más tarde de otra, del sistema económico mundial, este satélite inmediatamente se convierte en una metrópoli colonial y después nacional en relación con los sectores de producción de la población del interior. Aún más, las capitales provinciales que a su vez son ellas mismas satélites de la metrópoli nacional –y a través de ésta, de la metrópoli extranjera– son al mismo tiempo centros provinciales alrededor de los cuales giran en órbita sus propios satélites. En esta forma, toda una cadena de constelaciones de metrópolis y satélites relaciona todas las partes del

¹ *América Latina*, año 6, n° 4, octubre-diciembre 1963, p. 8.

² *Los centros coordinadores indigenistas*, México, Instituto Nacional Indigenista, 1962, p. 34.

³ *Idem*, pp. 33-34, 88.

sistema total de su centro en Europa o Estados Unidos a los puntos más lejanos de los países latinoamericanos. Cuando examinamos la estructura metrópoli-satélite, nos encontramos con que cada uno de los satélites, inclusive las hoy subdesarrolladas España y Portugal, sirven como instrumento para extraer capitales o sobrantes económicos de sus propios satélites y encaminar parte de estos sobrantes hacia la metrópoli extranjera de la cual todos son satélites. Sin embargo, cada metrópoli nacional o local sirve para imponer y mantener la estructura monopolística y las relaciones de explotación de este sistema (como el Instituto Nacional Indigenista de México lo llama), mientras sirva a los intereses de las metrópolis que se aprovechan de esta estructura global nacional y local para promover su propio desarrollo y el enriquecimiento de su clase gobernante.

Éstas son las características principales y que aún perduran y que fueron establecidas en Latinoamérica por la Conquista. Además del examen del establecimiento de esta estructura colonial en su contexto histórico, el enfoque propuesto requiere el estudio del desarrollo del subdesarrollo de estas metrópolis y satélites de Latinoamérica a través del consiguiente y, aun en vigor, proceso histórico. En esta forma podemos comprender por qué ha habido y todavía hay tendencias, en las estructuras latinoamericanas y capitalistas del mundo, que parecen llevar al desarrollo de la metrópoli y al subdesarrollo de los satélites y por qué, particularmente las metrópolis satélites nacionales, regionales y locales de Latinoamérica, confrontan el hecho de que su desarrollo económico es, cuando más, un desarrollo subdesarrollado.

III

El actual subdesarrollo de América Latina es el resultado de su participación secular en el proceso del desarrollo capitalista mundial. En lo que a mí se refiere, creo haberlo mostrado en estudios sobre historia económica y social de Chile y Brasil⁴. Mi estudio sobre la historia chilena sugiere que la Conquista no sólo incorporó totalmente este país a la expansión y al desarrollo del mundo mercantil, y más tarde al sistema capitalista industrial, sino que también introdujo las estructuras monopolísticas metrópoli-satélite y el desarrollo de capitalismo en la economía doméstica y la propia sociedad de Chile. Y esta estructura penetró y permeabilizó todo Chile rápidamente. Desde entonces y en el transcurso de la historia mundial y de Chile, durante los períodos del colonialismo, del libre comercio y del imperialismo, así como actualmente, Chile ha sido enormemente marcado por las estructuras sociales y políticas del subdesarrollo satélite. Este desarrollo del subdesarrollo continúa hoy, tanto en la creciente satelización de Chile por la metrópoli extranjera, como a través de la cada día más aguda polarización de su economía doméstica.

⁴ “Desarrollo y subdesarrollo capitalista en Chile” y “Desarrollo y subdesarrollo capitalista en Brasil”, en *Capitalismo y subdesarrollo en América Latina*, que será publicado próximamente por Ediciones Signos.

La historia del Brasil es, quizás, el caso más claro de ambos aspectos de desarrollo, nacional y regional. La expansión de la economía mundial desde el comienzo del siglo XVI convirtió paulatinamente el nordeste, el interior de Minas Gerais, el norte y el centro-sur (Río de Janeiro, San Pablo, Panamá) en economía de exportación y las incorporó a las estructuras y al desarrollo del sistema capitalista mundial. Cada una de estas regiones sufrió lo que pudo parecer un desarrollo económico durante el período de su respectiva Edad de Oro. Pero fue un desarrollo satélite que no era ni autogenerado ni autopetpetuado. Según fue declinando el mercado o la productividad de las primeras tres regiones, el interés de la economía doméstica y extranjera se fue desvaneciendo, y fueron abandonadas para que desarrollaran el subdesarrollo de que viven actualmente. En la cuarta región, la economía del café sufrió un destino similar, aunque no tan serio (pero el desarrollo de un sustituto sintético del café promete asestarle un golpe mortal en un futuro no muy lejano).

Toda esta evidencia histórica contradice la tesis generalmente aceptada de que los latinoamericanos sufren de una “sociedad dual” o de una supervivencia de las instituciones feudales y que éstos son obstáculos importantes a su desarrollo económico.

IV

Durante la Primera Guerra Mundial y más aún durante la Gran Depresión y la Segunda Guerra Mundial, São Paulo comenzó a edificar un aparato industrial que, actualmente, es el mayor de América Latina. La cuestión que se plantea es si el desarrollo industrial sacó o sacará al Brasil del ciclo de desarrollo y subdesarrollo satélite que ha caracterizado hasta ahora sus otras regiones y su historia nacional dentro del sistema capitalista. Yo creo que la respuesta es negativa. Domésticamente y hasta ahora, la respuesta es bien clara. El desarrollo de la industria en São Paulo no ha producido grandes riquezas para las otras regiones de Brasil. Al contrario, las ha convertido en satélites coloniales internos, las ha descapitalizado aún más y consolidado y hasta profundizado más su subdesarrollo. Existen pocas evidencias que nos permitan sugerir que este proceso es susceptible de reversión en un futuro más o menos lejano, excepto en que los pobres provincianos migran y se convierten en los pobres de las ciudades metropolitanas. La evidencia es, considerada desde el exterior, que el desarrollo inicial de la industria de São Paulo era relativamente autónoma, está siendo poco a poco satelizado por la metrópoli del capitalismo extranjero y sus futuras posibilidades de desarrollo están siendo progresivamente restringidas⁵. Este desarrollo –mis estudios me llevan a creerlo– parece destinado a ser un desarrollo subdesarrollo o limitado, mientras se realice dentro del actual marco económico, político y social.

⁵ Ver, también, “Auge y declinación del proceso de sustitución de importaciones”, *Boletín Económico para América Latina*, n° 1, marzo 1964, New York, y de Celso Furtado, *Dialéctica del desarrollo*, Río de Janeiro, Fondo de Cultura Económica, 1964.

Debemos concluir, en resumen, que el subdesarrollo no es debido a la supervivencia de instituciones arcaicas o a la existencia de falta de capital en las regiones que se han mantenido aisladas del torrente de la historia del mundo. Por el contrario, el subdesarrollo ha sido y es aún generado por el mismo proceso histórico que genera también el desarrollo económico: el desarrollo del propio capitalismo. Este punto de vista, me complace confesarlo, está ganando adeptos entre los estudiosos de América Latina, está probando su valor al aportar nueva luz al problema del área y ofreciendo una mejor perceptiva para la formulación de las teorías y los lineamientos⁶.

V

El mismo enfoque histórico y estructural puede también conducir a mejores teorías y lineamientos de desarrollo, generando una serie de hipótesis más sobre desarrollo y subdesarrollo que estoy probando en mis actuales investigaciones. Las hipótesis se derivan de las observaciones empíricas y de las presunciones teóricas que, dentro de esta estructura metrópoli-satélite que abarca al mundo entero, las metrópolis tienden a desarrollarse y los satélites a subdesarrollarse. La primera hipótesis ya fue mencionada más arriba: es decir, que, en contraste, el desarrollo de la metrópoli extranjera que no es satélite de nadie, el desarrollo de las metrópolis subordinadas y nacionales están limitadas por su estatuto de satélite. Esta hipótesis es quizás más difícil probar que las siguientes porque su confirmación depende de la prueba de las demás hipótesis. No obstante, esta hipótesis parece estar generalmente confirmada por la no autonomía y el insatisfactorio desarrollo y, especialmente industrial, de las metrópolis nacionales de América Latina, como documentos de los estudios ya citados. Los ejemplos más importantes y, al mismo tiempo más confirmantes, son las regiones metropolitanas de Buenos Aires y São Paulo, cuyo crecimiento sólo comenzó en el siglo XIX, que no fue obstaculizado por herencias coloniales, pero que es y sigue siendo un desarrollo satélite ampliamente dependiente de la metrópoli exterior, primero de Gran Bretaña y después de Estados Unidos.

Una segunda hipótesis es que los satélites sufren su mayor desarrollo industrial capitalista clásico cuando sus lazos con la metrópoli son débiles. Esta hipótesis es casi diametralmente opuesta a la tesis generalmente aceptada que el desarrollo de los países subdesarrollados es consecuencia del mayor grado de contacto con los

⁶ Otros utilizan tesis similares, aunque sus ideologías no les permiten llegar a conclusiones lógicas, entre ellos Aníbal Pinto, *Chile; un caso de desarrollo frustrado*, Santiago, Editorial Universitaria, 1957; Celso Furtado, *La formación económica del Brasil*, México, Fondo de Cultura Económica, y Caio Prado, Junior, *Historia Económica do Brasil*, São Paulo, Editora Brasiliense, 7^a edición, 1962.

países desarrollados metropolitanos. Esta hipótesis parece estar confirmada por dos clases de aislamiento relativo que América Latina ha experimentado en el curso de su historia. Uno es el aislamiento temporal causado por las crisis de guerra o depresiones en la metrópoli extranjera. Aparte de algunas de menor importancia, sobresalen cinco períodos de grandes crisis que parecen sustentar la hipótesis. Éstos son: la depresión europea (especialmente la española) del siglo XVII, las guerras napoleónicas, la Primera Guerra Mundial, la Depresión de los años 30 y la Segunda Guerra Mundial. Está claramente establecido y, generalmente reconocido, que el desarrollo industrial reciente más importante, especialmente de Argentina, Brasil y México, pero también de otros países tales como Chile, han tenido lugar, precisamente, durante los períodos de las dos grandes guerras y la depresión intermedia. Gracias al consiguiente debilitamiento de los lazos comerciales y de la inversión durante esos períodos, los satélites iniciaron un marcado crecimiento de industrialización autónoma. La investigación demuestra que lo mismo sucedió en América Latina durante la depresión europea del siglo XVII. Creció la manufactura en los países latinoamericanos y muchos de ellos, como Chile, se convirtieron en exportadores de productos manufacturados. Las guerras napoleónicas hicieron brotar movimientos de independencia en América Latina y esto debe quizás interpretarse como una confirmación, en parte, de la hipótesis de desarrollo. La otra clase de aislamiento que tiende a confirmar la segunda hipótesis es el aislamiento geográfico de regiones que en un tiempo estuvieron relativa y débilmente integradas y unidas al sistema mercantilista y capitalista. Mi investigación preliminar sugiere que en América Latina fueron esas regiones las que iniciaron y experimentaron el más prometedor desarrollo económico autogenerado del más clásico tipo industrial capitalista. Los casos regionales más importantes son, probablemente, Tucumán y Asunción, tanto como otras ciudades como Mendoza y Rosario, en el interior de Argentina, así como Paraguay, durante el final del siglo XVIII y comienzos del XIX. Los siglos XVIII y XIX en São Paulo, antes de que se comenzara el cultivo del café, son otro ejemplo. Quizás Antioquia en Colombia, y Puebla y Querétaro en México, son otros ejemplos. A su manera, Chile fue también un ejemplo, puesto que, antes de que la ruta marítima alrededor de Cabo de Hornos fuese abierta, este país estaba relativamente aislado al final de un largo viaje de Europa vía Panamá. Todas estas regiones se convirtieron en centros de manufactura y hasta de exportación, generalmente de textiles del sistema capitalista mundial, colonial y nacional, efectivas como satélites del sistema capitalista mundial, colonial y nacional.

Claro está que, internacionalmente, el caso clásico de industrialización a través de la no participación como satélite del sistema capitalista mundial es, obviamente, el del Japón después de la Restauración Meiji. ¿Por qué?, podemos preguntarnos. El pobre en recursos y no satelizado Japón fue capaz de industrializarse a fines del siglo, mientras los países latinoamericanos ricos en recursos, y Rusia, no fueron

capaces de hacerlo y la última fue fácilmente vencida por Japón en la Guerra de 1904, después de los mismos cuarenta años de esfuerzos por el desarrollo. La segunda hipótesis sugiere que la razón fundamental es que Japón no fue satelizado ni en el período Tokugawa ni en el Meiji y, por lo tanto, no tuvo su desarrollo estructuralmente limitado, como los países que fueron satelizados.

VI

Un corolario de la segunda hipótesis es que, cuando la metrópoli se recuperaba de sus crisis y restablecía los lazos de comercio e inversión, reincorporaban totalmente a los satélites al sistema, o cuando la expansión metropolitana trataba de incorporar las regiones previamente aisladas al sistema mundial, la industrialización y el desarrollo previo de estas regiones eran estrangulados o canalizados en direcciones que no son autopropetuidas ni prometedoras. Esto sucedió después de cada una de las cinco crisis más arriba citadas. La renovada expansión del comercio y la difusión del liberalismo económico en los siglos XVII y XIX estrangularon e hicieron retroceder el desarrollo de la manufactura que había tenido América Latina durante el siglo XVII y al comienzo del siglo XIX. Después de la Primera Guerra Mundial, la nueva industria nacional de Brasil sufrió serias consecuencias por la invasión económica norteamericana. El aumento en la tasa de crecimiento del producto bruto nacional y, particularmente, de la industrialización en toda la América Latina fue también retrasada y la industria se volvió muy satelizada después de la Segunda Guerra Mundial y especialmente después de la recuperación de la posguerra coreana y la expansión de la metrópoli. Lejos de haberse desarrollado mucho más desde entonces, los sectores industriales de Brasil y más conspicuamente de Argentina se han vuelto estructuralmente más y más subdesarrollados y menos capaces de generar la industrialización continuada y/o el desarrollo sostenido de la economía. Este proceso, que la industria sufre también en la India, también está reflejado en una escala general de la balanza de pagos, inflación y otras dificultades económicas y políticas, y promete no doblegarse ante ninguna solución que no aporte cambios estructurales.

Nuestras hipótesis sugieren que, fundamentalmente, el mismo proceso ocurrió, aún más dramáticamente, con la incorporación al sistema de regiones previamente no satelizadas. La expansión de Buenos Aires como satélite de Gran Bretaña y la introducción del libre comercio en interés de los grupos gobernantes de ambas metrópolis, destruyeron la manufactura y parte de lo que quedaba de la base económica del interior, previamente casi próspero. La manufactura fue destruida por la competencia extranjera, las tierras se convirtieron en latifundios por la economía rapaz y creciente de la exportación, la distribución intrarregional de la renta se hizo más desigual y las regiones que se estaban desarrollando previamente se convirtieron en simples satélites de Buenos Aires, y a través de éste, de

Londres. Los centros provinciales no claudicaron sin lucha ante la satelización. Este conflicto metrópoli-satélite fue, en mucho, la causa de la larga lucha armada y política entre los Unitarios de Buenos Aires y los Federales de las provinciales y se puede decir que fue la única causa importante de la Guerra de la Triple Alianza en la cual Buenos Aires, Montevideo y Río de Janeiro, alentadas y ayudadas por Londres, destruyeron no sólo la economía autónoma en vías de desarrollo de Paraguay, sino casi mataron su población que no aceptaba someterse. Aunque sin dudas éste es el ejemplo más espectacular que tiende a confirmar la hipótesis, yo creo que la satelización de los trabajos agrícolas previos, relativamente independientes, y de las incipientes regiones manufactureras, tales como las islas del Caribe, lo confirmarán en el futuro⁷. Estas regiones no tuvieron ninguna oportunidad contra las fuerzas de desarrollo y expansión del capitalismo y su propio desarrollo tuvo que ser sacrificado al de los demás. La economía y la industria del Brasil, Argentina y otros países que han sentido los efectos de la recuperación metropolitana desde la Segunda Guerra Mundial sufren hoy el mismo destino, aunque, por suerte, en grado menor.

VII

Una tercera hipótesis principal derivada de la estructura metropolitana es que las regiones que están actualmente más subdesarrolladas y con mayor efecto feudal son aquellas que tenían lazos más estrechos en el pasado con las metrópolis.

Son las regiones que eran las mayores exportadoras de materias primas y las fuentes principales de capital para la metrópoli extranjera y que fueron abandonadas por ésta cuando por una razón u otra, los negocios decayeron. Esta hipótesis contradice la tesis generalmente sostenida de que la fuente del subdesarrollo regional es su aislamiento y sus instituciones precapitalistas. Esta hipótesis parece estar ampliamente confirmada por el anterior desarrollo satelital y el presente ultrasubdesarrollo de las, en un tiempo, exportadoras de azúcar: Antillas, nordeste del Brasil, distritos ex mineros de Minas Gerais, en Brasil, tierras altas del Perú, Bolivia y los estados centrales mexicanos, Guanajuato, Zacatecas, y otros cuyos nombres se hicieron famosos hace siglos por su plata. Con seguridad no hay mayores regiones en América Latina que sufran en la actualidad más intensamente la maldición del subdesarrollo y la pobreza; sin embargo, todas esas regiones, como Bengala en la India, una vez fueron proveedores del flujo sanguíneo mercantil y del desarrollo capitalista industrial de la metrópoli. La participación de estas regiones en el desarrollo del sistema capitalista se terminó cuando el mercado de su azúcar o de la riqueza de sus minas desapareció y las metrópolis las

⁷ Véase, por ejemplo, Ramón Guerra y Sánchez, *Azúcar y población en las Antillas*, 2ª edición, La Habana, 1942.

abandonaron a su propio destino; sus ya existentes estructuras económicas y sociales prohibían la generación autónoma del desarrollo económico y no les dejaba otra alternativa que volver a sí mismas y degenerar en el ultrasubdesarrollo, que actualmente encontramos en ellas.

Estas consideraciones sugieren otras dos hipótesis relacionadas: una es que el latifundio, sin tener en cuenta si hoy se nos presenta como una finca o hacienda, nació típicamente como empresa comercial que creó sus propias instituciones que le permitieron responder al aumento de la demanda en el mercado nacional y mundial ampliando sus tierras, su capital y su trabajo, e incrementando el abastecimiento de sus productos. La otra y quinta hipótesis es que los latifundios que aparecían aislados, basados en la subsistencia, y semif feudales, realmente vieron declinar la demanda de sus productos y de su capacidad productiva. Éstos se encuentran, principalmente, en las antes mencionadas regiones de exportación minera y agrícola, cuyas actividades económicas decayeron en general. Estas dos hipótesis corren parejas a la noción de mucha gente y a la opción de algunos historiadores y otros estudiosos sobre el asunto, de acuerdo con las cuales las raíces históricas y las causas socioeconómicas de los latifundios y de las instituciones de América Latina deben buscarse en la transferencia de las instituciones feudales de Europa y/o en las depresiones económicas.

La evidencia para probar estas hipótesis no se abre fácilmente a la inspección general y requiere un análisis detallado de muchos casos. No obstante, se puede obtener cierta evidencia importante confirmatoria.

El aumento de los latifundios en Argentina y Cuba, durante el siglo XIX, es un caso claro en apoyo de la cuarta hipótesis, y de ninguna manera puede ser atribuido a la transferencia de instituciones feudales durante los tiempos coloniales. Es, evidentemente, lo mismo que sucede en el resurgimiento de los latifundios particulares posrevolucionarios y contemporáneos en el norte de México, que producen para el mercado norteamericano y de otros semejantes en la costa del Perú y las nuevas regiones de café en Brasil. La conversión de las islas del Caribe, tales como Barbados, de haciendas agrícolas en economías exportadoras de azúcar en distintas épocas, entre los siglos XVII y XX, y el aumento resultante de los latifundios en estas islas, también parecen confirmar la cuarta hipótesis; el aumento del latifundio y la creación de las instituciones de servidumbre, que más tarde fueron llamadas feudales, ocurrieron en el siglo XVIII y han sido concluyentes en demostrar que fueron los resultados y las respuestas a la apertura de un mercado de trigo chileno en Lima⁸. Aun el aumento y la consolidación del latifundio en el

⁸ Mario Góngora, *Origen de los "inquilinos" de Chile central*, Santiago, Editorial Universitaria, 1960; Jean Borde y Mario Góngora, *Evolución de la propiedad rural en el Valle del Puango*, Santiago, Instituto de Sociología de la Universidad de Chile; Sergio Sepúlveda, *El trigo chileno en el mercado mundial*, Santiago, Editorial Universitaria, 1959.

México del siglo XVIII –que la mayoría de los estudiosos expertos han atribuido a una depresión de la economía causada por la baja de la minería y una escasez de mano de obra india y a la consiguiente introversión y ruralización de la economía– ocurrió en un momento en que la población urbana y la demanda crecían, se hizo aguda la carestía de productos alimenticios, los precios alcanzaron niveles altísimos, el aprovechamiento de otras actividades económicas, tales como minería y comercio exterior, declinaron⁹. Estos y otros factores hicieron más provechosa la agricultura en las haciendas. Y así, hasta este caso parece confirmar la hipótesis de que el crecimiento del latifundio y sus condiciones de servidumbre, al parecer feudales, en América Latina ha sido siempre y es aun la respuesta comercial a la creciente demanda y que no representa la transferencia o supervivencia de instituciones ajenas que se han mantenido más allá del alcance del desarrollo capitalista. El surgimiento de los latifundios, que actualmente están verdaderamente, más o menos (aunque no totalmente) aislados, puede ser atribuido a las causas explicadas en la quinta hipótesis, es decir, la declinación de las empresas agrícolas provechosas establecidas con anterioridad, cuyo capital era y cuyo sobrante económico corrientemente producido aún es transferido a otro lugar por propietarios y negociantes, quienes frecuentemente son las mismas personas o familiares. Probar esta hipótesis requiere un análisis aún más detallado, parte del cual he comenzado en un estudio sobre la agricultura de Brasil¹⁰.

VIII

Todas estas hipótesis y estudios sugieren que la extensión global y la unidad del sistema capitalista, su estructura monopolista y su desarrollo desigual en el transcurso de la historia y la consiguiente persistencia del capitalismo más bien comercial que industrial en el mundo subdesarrollado (incluyendo sus países más industrialmente adelantados) merecen mucha más atención en el estudio del desarrollo económico y cambio cultural de la que hasta hoy han recibido. Porque,

⁹ Woodrow Borah hace de su depresión su tema central en “New Spain’s Century of Depression”, *Ibero Americana*, n° 35, 1951, Berkeley. François Chevalier, “La formación de los latifundios grandes en México”, México, *Problemas industriales y agrícolas de México*, VIII, n° 1, 1956 (traducido del francés y publicado recientemente por la University of Carolina Press). Los datos que basan mi interpretación en contra han sido sacados de estas obras. Este problema se plantea en mi: ¿“Con qué modo de producción convierte la gallina el maíz en huevos de oro?” “El gallo Ilustrado”, Suplemento de *El Día*, México, n°s 175 y 179, octubre 31 y noviembre 29, 1965, y se analiza más profundamente en un estudio en preparación, sobre la agricultura mexicana.

¹⁰ “Capitalismo y el mito del feudalismo en la agricultura del Brasil”, *Capitalismo y subdesarrollo en América Latina*, Buenos Aires, Ediciones Signos, 1970.

aunque la ciencia y la verdad no reconocen fronteras, serán probablemente las nuevas generaciones de científicos de los propios países subdesarrollados los que más necesitan y más podrán dedicar la atención necesaria a estos problemas y aclarar el proceso del subdesarrollo y del desarrollo. Es a ellos a quienes en el último término corresponderá la tarea de cambiar este ya no aceptable proceso y eliminar esta miserable realidad.

No serán capaces de alcanzar estos objetos si importan estereotipos estériles desde las metrópolis, que no corresponden a su realidad económica de satélites y no responden a sus necesidades de liberación política. Para cambiar su realidad deben primero comprenderla. Por eso, yo espero que una mayor confirmación de estas hipótesis y un mayor empeño en el enfoque propuesto, política y estructuralmente, puede ayudar a los pueblos de los países subdesarrollados a comprender las causas y eliminar la realidad de su desarrollo del subdesarrollo y del subdesarrollo de su desarrollo.

Dependencia económica, estructura de clases y política del subdesarrollo en América Latina*

Frank
André Gunder Frank

Mediante el examen de hechos determinantes en cada una de las etapas principales de la historia latinoamericana desde la Conquista hasta nuestros días, este ensayo sustenta la tesis tripartita que 1) la Conquista colocó a toda Latinoamérica en una posición de creciente subordinación y dependencia económica colonial y neocolonial con respecto al sistema mundial único del capitalismo comercial en expansión; 2) esta relación colonial o neocolonial con respecto a la metrópoli capitalista ha formado y transformado la estructura económica y de clases, e inclusive la cultura, en el seno de la sociedad latinoamericana, haciendo que esta estructura nacional se transforme como consecuencia de los periódicos cambios en las formas de dependencia colonial, y 3) esta estructura colonial y de clases determina intereses muy directos de clase para el sector dominante de la burguesía, que a menudo valiéndose de los gabinetes gubernamentales y demás instrumentos del Estado generan políticas del subdesarrollo en lo económico, social, cultural y político para la “Nación” y el pueblo latinoamericano, haciendo que cuando un cambio en las formas de dependencia modifica la estructura económica y de clases, se determinan a la vez cambios en la política de la burguesía dominante que, salvo determinadas excepciones que serán señaladas, terminan por fortalecer aún más los mismos lazos de dependencia económica que propiciaron estas políticas y que por lo tanto contribuyeron a agravar aún más el desarrollo del subdesarrollo en Latinoamérica.

Para evitar cualquier posibilidad de malentendido, es conveniente señalar desde un principio que por “dependencia” debe entenderse el conjunto de las complejas relaciones económicas, políticas, sociales y culturales dentro de la sociedad

* Ponencia presentada en el IX Congreso Latinoamericano de Sociología, Universidad Nacional Autónoma de México, noviembre 21-25, 1969. Documento reproducido en *Economía política del subdesarrollo en América Latina*, Buenos Aires, Ediciones Signos, 1970.

latinoamericana, y entre ella y ultramar. Es decir, que aunque el título de este ensayo distingue “dependencia económica”, “estructura de clases” y “política del subdesarrollo”, la condición de *dependencia*, en realidad, abarca todas estas categorías. Vale decir, además, que la “dependencia” no debe ni puede considerarse como una relación meramente “externa” de Latinoamérica con respecto a su metrópoli exterior, sino que la *dependencia* es igualmente una condición “interna” e integral de la sociedad latinoamericana. Examinemos por qué.

Estructura colonial

Para encontrar los fundamentos de la estructura colonial en Latinoamérica, es conveniente preguntarse por qué –a pesar de haber sido ambas colonias europeas– América Latina es hoy subdesarrollada, mientras América del Norte se encuentra desarrollada. A menudo se han propuesto dos tipos de supuestas explicaciones que están a la vez ligadas entre sí. Una de ellas es que América del Norte se benefició por el trasplante de las instituciones progresistas del capitalismo inglés, mientras América Latina quedó perjudicada por el trasplante de las instituciones retrógradas del decadente feudalismo ibérico. La otra y relacionada supuesta explicación, que se asocia con *La ética protestante y el Espíritu del capitalismo de Weber*, es que hubo una diferencia importante entre el carácter de los nuevos pobladores del Norte y latinoamericanos: que los unos fueron protestantes empresariales y los otros católicos flojos. La primera explicación debe descartarse porque claramente carece de validez histórica; el capitalismo empezó a desarrollarse en Italia, España y Portugal católicos, y las instituciones de las colonias inglesas y protestantes del sur de Estados Unidos y del Caribe no resultaron ser notablemente más progresistas que las latinoamericanas. Además, como veremos más adelante, no es efectivo que la península ibérica trasplantó sus instituciones a Latinoamérica. En cuanto a la segunda explicación, en la medida en que efectivamente hubo diferencias entre los nuevos pobladores de las distintas partes del Nuevo Mundo, habría que preguntarse acerca del por qué de estas diferencias.

Los motivos de la colonización española los señalaron los conquistadores y religiosos y los resumió Adam Smith al escribir que “todas las empresas de los españoles en el Nuevo Mundo, después de la de Colón, parecen haber sido ocasionadas por el mismo motivo. Fue la sagrada sed del oro, la que llevó Oieda, Nucuessa y Vasco Núñez de Balboa al istmo de Darién, que llevó a Cortéz a México, Almagro y Pizarro a Chile y Perú”¹. ¿Y cómo se aprovecharon de las minas de oro y plata en México y Perú? Evidentemente, explotando a la mano de obra indígena y aprovechando su

¹ Adam Smith, *An inquiry into the nature and causes of the wealth of nations*, New York, Random House, 1936, p. 525.

alta civilización y gran organización social. Es igualmente evidente que los españoles y portugueses no montaron una explotación igual de minas en el Caribe, el Brasil, Argentina y en otras partes y lo es solamente porque no pudieron hacerlo por falta de minas en aquellas partes. Y si los ingleses que se fueron al Norte de América no explotaron minas de metales preciosos allí, esto se explica exactamente por el mismo motivo, no porque no querían, sino porque no podían. ¿Y por qué crearon los portugueses, franceses, e igualmente los ingleses, plantaciones de azúcar en Brasil y las Antillas y de algodón en el sur de América del Norte? Porque no les fue posible explotar minas allí, pero sí fue posible aprovechar el clima para explotar mano de obra esclava en una economía de exportación, siempre que se podía también proveer dichas regiones de tal mano de obra importándola de África. Entonces, podemos preguntarnos por qué los mismos franceses e ingleses no hicieron igual en la Nueva Francia y Nueva Inglaterra. La respuesta salta a la vista: porque estas regiones carecían –lamentablemente como les parecía entonces– de todas las condiciones geológicas, climáticas y de población indígena precisas para poder implantar una economía de exportación. Así fue también en Argentina, hasta que el desarrollo del sistema capitalista mundial permitió en el siglo XIX convertir aquella región en exportadora de lana, carne y trigo; convertir São Paulo, partes de Colombia, Costa Rica, etc., en exportadoras de café.

Así, el estudio comparativo de las variedades en la colonización europea del Nuevo Mundo nos conduce a una conclusión fundamental que a primera vista puede parecer paradójica, pero que es fiel expresión de la dialéctica del desarrollo capitalista, mientras mayor fue la riqueza a explotarse, más pobre y subdesarrollada es la región hoy, y mientras más pobre fue la Colonia, más rica y desarrollada es la región hoy. La razón fundamental es una sola: el subdesarrollo es producto de la explotación –de la estructura colonial y de clase basada en la ultra-explotación– y el desarrollo se logró donde esta estructura del subdesarrollo no se implantó porque no fue posible hacerlo. Todos los otros factores son secundarios o derivados del factor fundamental del tipo de explotación, y esto vale también para el tipo de pobladores que fueron a diversas partes y cómo se comportaron una vez que habían llegado allí.

En Norteamérica, o más precisamente en el norte de Norteamérica porque en el sur algodónero fue distinto, creció inicialmente una economía diversificada de pequeños propietarios agrícolas y pequeñas industrias. Y una sociedad parecida se asentó por un buen tiempo en diversas partes de Latinoamérica: “El proceso de alocación y división de la tierra cubana durante los siglos XVI, XVII y XVIII condujo a la creación de una clase de propietarios grandes y pequeños descendidos de los primeros pobladores que fueron hondamente atados a la tierra nativa. Fueron predominantemente gente no refinada que vivieron aislados del mundo exterior..., pero en Cuba se pusieron las fundaciones de una nación nueva y original, que fue el fruto de tres siglos de asentamiento. Los distintos sistemas de

alocación y utilización de la tierra determinaron los destinos diferentes de las Antillas británicas y españolas para las primeras, decaimiento, para la segunda, progreso lento pero constante”² hasta que éstas también se convirtieron en plantaciones de azúcar en el siglo XIX. En Colombia “hasta mediados del siglo pasado las manufacturas y la rica agricultura del oriente se oponían a la penuria del occidente y a la miseria de la región central, departamentos de Boyacá y Cundinamarca. El occidente era la mina... en Boyacá y Cundinamarca regía... el latifundio... En oriente la situación era muy distinta... No hay latifundios, no podía haberlos. No se encontraron minas de oro, ni de plata. No se introduce, en consecuencia, el negro... Se forman las manufacturas... La economía del oriente colombiano, en la época que se analiza, no estaba orientada hacia el mercado exterior”³. En Centroamérica, “Costa Rica, la provincia más pobre y aislada de aquella época... tenía una estructura social más homogénea constituida en forma casi exclusiva por los descendientes de españoles”⁴. Y así fue en muchas otras partes de Latinoamérica, especialmente, en el ahora relativamente menos subdesarrollado Cono Sur. Y así también fue en la colonia inglesa en la isla caribeña de Barbados –aunque allí esta estructura social no sobrevivió mucho tiempo, como Harlow lo señala en su *Historia de Barbados, 1625-1685*, citando observadores contemporáneos: “En los años cuando se cosechó una variedad de pequeños productos, la tierra se ocupó por muchos asentados en pequeñas parcelas. Este sistema, que fue común en la mayoría de las jóvenes colonias británicas, fue en parte el resultado de las mercedes originales a los primeros asentados de pequeñas parcelas... De esta manera la isla tenía una clase de colonos numerosos y fuertes, que... fueron la columna vertebral de la Colonia. Con la llegada de la industria azucarera, estas circunstancias sanas se alteraron. La economía del azúcar, para tener éxito, requiere amplias extensiones de tierra y una oferta grande de mano de obra: el sistema holandés de créditos a largo plazo proveyó a los más adinerados con la posibilidad de conseguir ambos. Pero el pequeño colono con unas pocas hectáreas y escaso capital no podía enfrentar el gran gasto inicial de poner un ingenio de azúcar. En consecuencia, la tierra cayó más y más en manos de un grupo de magnates... Un ejemplo del proceso puede encontrarse en la hacienda del capitán Waterman, que abarcó 800 acres, que anteriormente habían pertenecido a no menos de cuarenta pequeños propietarios... El mismo hecho se enfatiza...

² Ramiro Guerra y Sánchez, *Sugar and society in the Caribbean*, New Haven, Yale University Press, 1964, pp. 35-36.

³ Luis Eduardo Nieto Arteta, *Ensayo sobre economía colombiana*, Medellín, Oveja Negra, 1969, pp. 79-80.

⁴ Edelberto Torres Rivas, “Interpretaciones del desarrollo social centroamericano”, Santiago, Ilpes, mimeo, 1968. A publicarse en Santiago de Chile por Prensa Latinoamericana, p. 16.

en el valor de la tierra perteneciente al mayor Hilliard. Antes de la introducción de la nueva industria (alrededor de 1640) la plantación valía 400 libras; sin embargo, en 1648 la mitad se vendió en 7.000 libras... Ya en 1667... El mayor Scott dijo que, después de examinar todas las actas de Barbados, él encontró que desde 1643 no menos de 12.000 “buenos hombres” habían quitado la isla para otras partes, que el número de terratenientes había descendido de 11.200 pequeños propietarios en 1645 a 745 dueños de latifundios en 1667; mientras que durante el mismo período los esclavos negros habían aumentado de 5.680 a 82.023. Finalmente él resumió la situación diciendo que en 1667 la isla “no fue medianamente tan fuerte, y cuarenta veces más rica que en 1645”. Este proceso doble –comenta Harlow en 1926– mediante el cual una colonia inglesa fuerte se convirtió en poco más que una fábrica de azúcar, propiedad de unos pocos propietarios absentistas y trabajada por una masa de trabajadores extranjeros, constituye la principal característica de la historia de Barbados”⁵.

De hecho, las regiones que hoy son las más subdesarrolladas del continente, como parte de Centroamérica y del Caribe, el nordeste de Brasil, las regiones indígenas andinas y mexicanas y las zonas mineras de Minas Gerais, Bolivia y México central tienen en común que en aquella época fueron –y a menudo todavía lo son hoy– las partes de Latinoamérica que más se han caracterizado por la explotación de sus recursos naturales, y sobre todo humanos, en función de una economía de exportación. Y esta desgracia espantosa, como Adam Smith la calificó, estas regiones tienen en común entre sí –y con gran parte de Asia y África también– a despecho de la gran variedad de características culturales y otras que las distingue, y a pesar del hecho que en algunas de éstas el desarrollo del capitalismo mundial transformó totalmente la estructura social indígena, mientras que en otro asentó una sociedad totalmente nueva, y en otras más –como el caso de Cuba por ejemplo– este desarrollo capitalista mundial transformó totalmente la misma estructura social primitivamente asentada allá siglos atrás por los propios europeos. Así que el factor clave de la estructura económica y de clases en Latinoamérica hay que buscarlo en el grado y tipo de dependencia con respecto a la metrópoli de este sistema capitalista mundial.

Como nota Ferrer: “La minería, la agricultura tropical, la pesca, la caza y la explotación de bosques (todas en función directa de la explotación) fueron las industrias que se desarrollaron en las economías coloniales y, por tanto, las que atrajeron los recursos financieros y laborales disponibles (...). Los grupos con intereses en actividades exportadoras eran comerciantes y propietarios de altos ingresos y altos funcionarios de la Corona y de la Iglesia. Estos sectores de población (...)

⁵ Vincent Harlow, *History of Barbados, 1625-1685*, London, Clarendon Press, 1926, pp. 40-44, 306-310.

constituyeron el mercado colonial interno y la fuente de acumulación de capital (...). En la medida en que la concentración de riqueza crecía en manos de un pequeño grupo de propietarios, comerciantes y políticos influyentes, aumentaba la propensión a obtener artículos manufacturados de consumo en el exterior (...). De este modo, el sector de exportación, por su naturaleza misma, no permitiría la transformación del sistema como un todo, siendo el principal obstáculo para la diversificación de la estructura interna de producción y, por consiguiente, para la consecuente elevación de los niveles técnicos y culturales de la población, el desarrollo de los grupos sociales en relación con la evolución de los mercados internos y la búsqueda de nuevos renglones de exportación libres de la autoridad metropolitana⁶. Del capital restante potencialmente invertible, la estructura de subdesarrollo encauzó la mayor parte a la minería, la agricultura, el transporte y empresas comerciales de exportación a la metrópoli, casi la totalidad del sobrante a importaciones de lujo de las metrópolis, y sólo muy poco a las manufacturas y el consumo relacionados con el mercado interno. Debido al comercio y capital extranjero, los intereses económicos y políticos de la burguesía minera, agrícola y comercial nunca estuvieron dirigidos al desarrollo económico interno. Las relaciones de producción y la estructura clasista del latifundio, de la mina y sus *binterlands* económicos y sociales se desarrollaron en respuesta a las expoliadoras necesidades colonialistas de las metrópolis ultramarina y latinoamericana. No fueron, como con tanta frecuencia se pretende erróneamente, el resultado del traspaso en el siglo XVI de las instituciones feudales ibéricas.

Esto no significa que la estructura colonial y de clase ha sido estática. Por lo contrario, las constantes variaciones en la primera han ocasionado correspondientes transformaciones en la segunda, como lo muestra la suerte de las manufacturas durante la Colonia. Por ejemplo, la depresión económica del siglo XVII en España, que ocasionó la disminución del tonelaje de buques que comerciaban entre ella y la Nueva España a un tercio de lo que había alcanzado en el siglo XVI, permitió el desarrollo apreciable de manufacturas locales. Antes del fin del siglo XVIII las solas industrias textiles de México ocuparon 60.000 obreros⁷. El Virrey de la Nueva España escribía en 1794, “aun sin auxilio alguno, ni protección directa del gobierno, se han adelantado demasiado, a un grado que admira cierta clase de manufacturas, principalmente las de algodón, y con especialidad, la de paños de rebozo. Las lanas burdas proveen también materia prima para muchas fábricas. Es muy difícil prohibir que se fabriquen en estos reinos la mayor parte de las cosas que en ellos se hacen... El único medio de destruir las fábricas del reino, es

⁶ Aldo Ferrer, *La economía argentina*, México, Fondo de Cultura Económica 1963, pp. 31-32.

⁷ Luis Chávez Orozco y Enrique Florescano, *Agricultura e industria textil de Veracruz, siglo XIX*, Xalapa, Universidad Veracruzana, 1965, p. 73.

el que vengan a precios más cómodos de Europa los mismos efectos, y otros equivalentes. Así ha sucedido con la gran fábrica y gremios que había de todas especies de tejidos de sedas, de que apenas queda memoria; y otro tanto se ha verificado con las fábricas de estampados... La decadencia de este comercio (de Acapulco), era muy natural en la alteración que han tomado las cosas, los progresos que han tenido las fábricas europeas, y el menor aprecio que merecen generalmente los géneros asiáticos... Resulta que desde el año 89, han ido sucesivamente en aumento, los géneros y especies que se han introducido...⁸. El historiador chileno Hernán Ramírez⁹ hace notar que “es de suma importancia subrayar que el fenómeno analizado se manifestó en diversos países americanos. El libre comercio, escribe el historiador peruano Carlos Deustúa Pimentel, trajo como resultado el derrumbamiento de las pocas fábricas florecientes, al abarrotar completamente de mercaderías los mercados de América...”. Refiriéndose a la situación creada en las provincias del Plata, Ricardo Levene anota: “Fue, en efecto, el activo intercambio que se inició con los reglamentos de 1778, la causa de la decadencia de las primeras industrias nacionales”. Las transformaciones en la estructura social latinoamericana ocasionadas por cambios en las relaciones coloniales se ven con igual nitidez en la estructura agraria.

Independencia

Ya que nos hemos adelantado al curso de la historia, volvemos al siglo XVIII, para examinar las causas de la Independencia formal en Latinoamérica. En primer lugar, salta a la vista que la Independencia se da precisamente en los años 1810-1820, época en que las guerras napoleónicas marcadamente debilitan las relaciones coloniales entre sus posesiones americanas y las metrópolis española y portuguesa, que inclusive fueron ocupadas por los ejércitos napoleónicos. Pero este cambio en la relación colonial, que habrá de modificar la estructura social en Latinoamérica, no fue menos que la culminación de un largo proceso histórico que había comenzado hace tiempo atrás. Desde la destrucción de la armada española por los ingleses en 1588 y la colonización económica y la desindustrialización de Portugal a través de una serie de tratados comerciales que culminaron en el de Methuen de 1703, Gran Bretaña había virtualmente eliminado a los países ibéricos de participar en el desarrollo capitalista mundial (proceso que en 1817 habrá de santificarse en el ejemplo famoso del intercambio de textiles ingleses –un producto

⁸ Conde De Revila Gigedo, *Informe sobre las misiones, 1793 e Instrucción reservada al Marqués de Branciforte, 1794*, México, Editorial Jus, Colec. México heroico, n° 50, 1966, pp. 191-192, 200, 203.

⁹ Hernán Ramírez Necochea, *Antecedentes económicos de la independencia de Chile*, Santiago, Facultad de Filosofía y Educación, Universidad de Chile, 2^{da} edic., 1967, p. 65.

industrial— por vino portugués —un producto primario— mediante el cual Ricardo alegó justificar la explotación del segundo por el primero en función de una supuesta ley natural de ventaja comparativa). Pero Inglaterra, y Francia hasta la derrota de Napoleón por la primera, habían llegado a dominar cada vez más no sólo el comercio de España y Portugal, sino de sus colonias también. Este comercio creó oportunidades de beneficio a los productores y exportadores de materias primas e importadores de productos manufacturados en América Latina, y ellos se apresuraron a aprovecharse de estas oportunidades.

En una tentativa fútil de contrarrestar este ya inevitable desarrollo histórico y de recuperar una mayor porción del comercio para ellos mismos, España y Portugal liberalizaron sus reglamentos comerciales con respecto a sus colonias, durante la época de las “reformas borbónicas” del fin del siglo XVIII. Pero ya era tarde, y las medidas solamente aceleraron la marea que debieron frenar. El aumento del comercio —como lo hizo notar en 1794 el Virrey de Nueva España— generó un crecimiento de la producción de materias primas para la exportación y de las utilidades derivadas de la misma en Latinoamérica, y con eso también fortaleció el poderío económico y político —y alentó las ambiciones— de la burguesía productora de estas materias primas en América Latina, mientras el diluvio (también señalado por el citado Virrey) de manufacturas baratas provenientes de la metrópoli, y a través de ella aun de la Asia colonizada, ahogó a las manufacturas locales que habían florecido en muchas partes de Latinoamérica bajo la protección de la depresión metropolitana del siglo XVII. En consecuencia, cuando la crisis política en la metrópoli creó la oportunidad, algunos sectores de la burguesía criolla se aprovecharon para capturar el poder estatal y con éste los beneficios económicos que podían derivarse de la dirección del Estado y su política económica y social en beneficio propio. De tal modo, esta “reforma” en América Latina, si así se puede denominarla, también fue consecuencia de cambios en las relaciones coloniales que habían generado modificaciones en la estructura económica local, y con esto en los intereses y las políticas de clases criollas.

Luis Vitale resume el proceso en su *Historia de Chile*: “La causa esencial de la Revolución de 1810 fue la existencia de una clase social cuyos intereses entraron en contradicción con el sistema de dominación impuesto por la metrópoli. Esa clase social fue la burguesía criolla. Controlaba a fines de la Colonia las principales fuentes de riqueza, pero el gobierno seguía en manos de los representantes de la monarquía española. Esta contradicción entre el poder económico, controlado por la burguesía criolla, y el poder político, monopolizado por los españoles, es el motor que pone en movimiento el proceso revolucionario de 1810. Los intereses de la burguesía criolla eran contrapuestos a los del Imperio español. Mientras la burguesía criolla necesitaba encontrar nuevos mercados, la Corona española restringía las exportaciones de acuerdo con las necesidades exclusivas del comercio peninsular. Mientras la burguesía criolla aspiraba a comprar productos manufacturados a

menor precio, el Imperio imponía la obligación de consumir las mercaderías que los comerciantes españoles vendían a precios recargados. Mientras los nativos exigían la rebaja de impuestos, España imponía nuevos tributos. Mientras la burguesía criolla exigía que el excedente económico y el capital acumulado quedaran en América Latina, el Imperio español se llevaba gran parte del excedente y del capital circulante. La burguesía criolla aspiraba a tomar el poder porque el Gobierno significaba el dominio de la aduana, del estanco, de las rentas fiscales, de los altos puestos públicos, del ejército y del aparato estatal, del cual dependían las leyes sobre impuestos de exportación e importación. El cambio de poder no significaba transformación social. La burguesía criolla perseguía que los anteriores negocios de la Corona pasaran en adelante a ser suyos. De ahí, el carácter esencialmente político y formal de la Independencia”¹⁰.

“Sería un error considerar las demandas de tipo económico en forma aislada y separada del resto de las aspiraciones de clase de la burguesía criolla. La que impulsa a la Revolución de 1810 es el conjunto de reivindicaciones que presenta una burguesía dispuesta a tomar el poder, a autodeterminarse, a controlar no sólo el poder económico sino también el poder político, el aparato del Estado, única garantía para el cumplimiento de sus aspiraciones generales de clase. La burguesía criolla se daba cuenta de que el régimen colonial le imposibilitaba el acceso al poder político que era la llave para abrir una nueva política económica en su exclusivo beneficio. No basta señalar cuántos criollos hubo en los altos mandos del Ejército, la Iglesia y los puestos públicos. Lo fundamental es que, la burguesía criolla, como clase, no estaba en el poder. La estructura del Estado colonial le cerraba definitivamente el paso al poder”¹¹.

“La verdad –sea dicha de una vez por todas– es que los hombres que dirigieron la Revolución de 1810 eran en su mayoría de extracción social burguesa. En Argentina los criollos, Saavedra, Castelli, Pueyrredón, eran hacendados; Vieytes, Lezica y Matheu, acaudalados comerciantes. En Paraguay, la lucha fue acaudillada por los yerbateros y plantadores de tabaco, como Yedros y el general Cabañas. En Uruguay, los ganaderos del litoral, entre los cuales se destacaba Artigas, y comerciantes que contrabandeaban con los ingleses y franceses canalizaron la lucha por la Independencia. En Venezuela los jefes más destacados, Miranda y Bolívar, eran hijos de poderosos terratenientes. En Chile, a la cabeza del movimiento de 1810 figuraron los terratenientes, mineros y comerciantes más acaudalados. El caudillo más destacado en el período 1810-11, Juan Martínez de Rozas, era el hombre más rico de la Colonia. Comerciante, agricultor y abogado...”¹².

¹⁰ Luis Vitale, *Interpretación marxista de la historia de Chile*, tomo II: La Colonia y la Revolución de 1810. Santiago, Prensa Latinoamericana, 1969, pp. 156-157.

¹¹ *Idem*, p. 165.

¹² *Idem*, p. 166.

“El pensamiento liberal del siglo XVIII que en Europa sirvió para realizar la revolución democrático-burguesa, en América Latina fue utilizado para cumplir solamente una de sus tareas: la independencia política. Los argumentos de la burguesía europea contra el feudalismo fueron adaptados por la burguesía criolla para luchar contra la presión de la monarquía española. En Europa, el pensamiento liberal fue la bandera de la burguesía industrial, en América Latina fue la ideología de los terratenientes, mineros y comerciantes. La misma terminología liberal era utilizada en función de intereses de clases distintos. Mientras en Europa el liberalismo servía como instrumento de la burguesía industrial contra los terratenientes, aquí era utilizado por los terratenientes y mineros contra el monopolio español. Allá servía para el proteccionismo industrial, acá para el libre comercio”¹³.

Como en tantas otras oportunidades en la historia latinoamericana, los cambios en las relaciones coloniales iniciados en ultramar, determinaron modificaciones en la estructura de clase criolla, y éstas auspiciaron revisiones en la política del sector dominante de la burguesía local –esta vez la lucha para la “Independencia”–, revisiones que terminaron por fortalecer aún más el viraje hacia las nuevas relaciones coloniales, es decir, que de hecho fortalecieron todavía más los lazos de dependencia económica en función del fortalecimiento de la economía de exportación y la estructura del subdesarrollo. No obstante, ésta no fue una consecuencia automática, sino que fue el resultado de la imposición de su política de clase del sector de la burguesía latinoamericana que salió vencedor de las guerras civiles mediante las cuales, después de la independencia formal, las diversas fuerzas económicas, sociales, políticas e ideológicas trataron, cada una en función de su interés e imagen, de determinar el futuro de los pueblos latinoamericanos.

Guerra Civil

Después de la independencia política de América Latina, la primacía económica y política de Gran Bretaña dejó a tres grandes grupos de intereses la decisión del futuro de Latinoamérica en lucha tripartita: 1) Los intereses agrícolas, mineros y comerciales de Latinoamérica, que aspiraban a mantener el subdesarrollo conservando la vieja estructura de exportación –y sólo deseaban sustituir a sus rivales ibéricos en sus privilegiadas posiciones; 2) Los industriales y otros grupos de intereses de las regiones arriba mencionadas y otras del interior, que intentaban defender sus nacientes y aún débiles economías de desarrollo contra el comercio libre y el financiamiento externo, que amenazaban aniquilarlos; y 3) La victoriosa Inglaterra, en expansión industrial, cuyo canciller, Lord Canning, anunció en 1824: “Hispanoamérica es libre; y si no manejamos mal nuestros asuntos, es inglesa”.

¹³ *Idem*, pp. 171-172.

Las líneas de batalla estaban tendidas, con la tradicional burguesía latinoamericana en natural alianza con la burguesía industrial mercantil de la metrópoli, contra los débiles industriales nacionalistas de la América Latina. El resultado estaba prácticamente predeterminado por el anterior proceso del desarrollo capitalista, que había dispuesto las cartas de esta manera.

En el período que va de los años veinte hasta mediados de los años cincuenta, los intereses nacionalistas del interior eran a veces todavía capaces de obligar a sus gobiernos a implantar tarifas proteccionistas en muchos países. Industria, sobre todo la textil, marina de bandera nacional, y otras actividades generadoras de desarrollo evidenciaban señales de vida. Al mismo tiempo, los propios latinoamericanos rehabilitaban las minas abandonadas y abrían nuevas, y comenzaron a incrementar sus sectores de exportación agrícola y de otras materias primas. Para favorecer e impulsar el desarrollo económico interno, tanto como para responder a la creciente demanda externa de materias primas, los liberales lucharon por diversas reformas, principalmente la agraria, tanto como por la inmigración, que incrementaría la fuerza nacional de trabajo y expandiría el mercado interno.

Las burguesías de América Latina, orientadas comercialmente hacia la metrópoli, y sus aliados nacionales de la minería y la agricultura, se opusieron a este desarrollo capitalista autónomo, ya que las tarifas proteccionistas interferían sus intereses comerciales, y lucharon contra los industriales nacionalistas y los derrotaron en las guerras de los años treinta y cuarenta entre federalistas y centralistas. Las potencias metropolitanas ayudaron a sus socios menores de Latinoamérica con armas, bloqueos navales, intervención militar directa e instigación de nuevas guerras, dondequiera que fue necesario, como la de Triple Alianza contra Paraguay, que perdió 6/7 de su población masculina en defensa de su ferrocarril, financiado nacionalmente y de su esfuerzo de desarrollo autónomo genuinamente independiente.

El comercio y la espada estaban preparando a Latinoamérica para el libre comercio con la metrópoli, y para que así fuese, había primero que eliminar la competencia del desarrollo industrial latinoamericano y con la victoria de los grupos de intereses económicos orientados hacia el exterior sobre los grupos nacionalistas, la economía y los estados latinoamericanos, tenían que subordinarse aún más a la metrópoli. Sólo entonces se llegaría al libre comercio y regresaría el capital extranjero; a sus dominios. Un nacionalista argentino de la época señalaba: “Después de 1810 (. . .) la balanza comercial del país ha sido permanentemente desfavorable, en tanto que los comerciantes del país han sufrido pérdidas irreparables. Tanto el comercio de exportación y la venta al detalle han pasado a manos extranjeras. La conclusión no puede ser otra, sino que la apertura del país a los extranjeros ha demostrado ser perjudicial a la balanza. Los extranjeros desplazaron a los nacionales no sólo del comercio, sino también de la industria y la agricultura”; y otro añadía: “No es posible que Buenos Aires haya sacrificado sangre y riqueza con el

solo propósito de convertirse en consumidor de los productos y manufacturas de los países extranjeros, pues tal situación es degradante y no corresponde a las grandes potencialidades que la naturaleza ha otorgado al país (...). Es erróneo que la protección genera el monopolio. El hecho es que la Argentina que ha sido colocada bajo el régimen de libre comercio por espacio de veinte años, está ahora controlada por un puñado de extranjeros. Si la protección desalojara a los comerciantes extranjeros de sus posiciones de preeminencia económica, el país tendrá ocasión de felicitarse por haber dado el primer paso hacia la reconquista de su independencia económica (...). La nación no puede seguir sin restringir el comercio exterior, ya que sólo la restricción hace posible la expansión industrial; no debe soportar por más tiempo el peso de los monopolios extranjeros, que estrangula toda tentativa de industrialización”¹⁴. Pero lo soportó.

Según el correcto análisis de Burgin en su estudio sobre el federalismo argentino, “el desarrollo económico de la Argentina post-revolucionaria se caracterizó por un desplazamiento del centro de gravedad económica del interior hacia la costa, provocado por la rápida expansión de la última y el simultáneo retroceso del primero. El carácter desigual del desarrollo económico condujo a lo que fue en cierta medida una desigualdad que se perpetúa a sí misma. El país resultó dividido en provincias pobres y ricas. Las del interior tenían que despojarse de grandes proporciones del ingreso nacional en favor de Buenos Aires y otras provincias del este”¹⁵. En Brasil, Chile, México, en toda Latinoamérica, industriales, patriotas y economistas esclarecidos denunciaron este mismo inevitable proceso del subdesarrollo capitalista. Pero en vano: el desarrollo capitalista mundial, y la espada, habían puesto el libre cambio a la orden del día. Y con él llegó el capital extranjero.

El libre cambio

El libre cambio, como advirtió Friedrich, se convirtió en el principal producto de exportación de la Gran Bretaña. No fue por casualidad que el liberalismo manchesteriano nació en Algodonópolis. Pero fue abrazado con entusiasmo por la mayor parte de los sectores agrícolas y mineros de exportación y de comerciantes importadores de la América Latina, que habían sobrevivido a los tiempos coloniales, derrotando a sus rivales nacionales, representantes del desarrollo nacionalista, y capturando el Estado en sus países, y ahora se colocaban como aliados y sirvientes de los intereses extranjeros a través del libre comercio exterior para asegurar el cerrado monopolio nacional para ellos y sus socios extranjeros.

¹⁴ Citada en Myron Burgin, *The aspects of argentine federalism, 1820-1852*. Cambridge, Harvard University Press, 1946, p. 234 [hay edic. en esp.]

¹⁵ *Idem*, p. 81.

Claudio Véliz explica, por ejemplo, el caso chileno:

“Los exportadores mineros del norte del país eran librecambistas. Esta posición no se debía fundamentalmente a razones de tipo doctrinario –aunque también las hubo– sino al hecho sencillo de que estos señores estaban dotados de sentido común. Ellos exportaban cobre, plata, salitre y otros minerales de menor importancia a Europa y Estados Unidos, donde recibían su pago en libras esterlinas o dólares. Con este dinero adquirirían equipos, maquinarias, manufacturas o productos de consumo de buena calidad a precios muy bajos. Es difícil concebir altruismo, elevación de miras o misión profética que hicieran que estos exportadores aceptaran pagar derechos de exportación e importación en aras de una posible industrialización del país. Apegados al ideario liberal de la época, hubieran argumentado que si realmente valía la pena fomentar la industria chilena, ésta debía ser, por lo menos, lo bastante eficiente como para competir con la europea que debía pagar un flete elevado antes de llegar a nuestras playas... Los exportadores agropecuarios del sur del país también eran decididamente librecambistas... para estos hacendados pagados en libras esterlinas la idea de gravar la exportación de trigo o de imponer derechos proteccionistas sobre las importaciones era sencillamente digna de un manicomio...Las grandes firmas importadoras con sede en Valparaíso y Santiago también eran librecambistas. ¿Se imaginaría alguien a una firma importadora defendiendo el establecimiento de fuertes derechos de importación para proteger a una industria nacional!... He ahí la poderosa coalición de fuertes intereses que dominó la política económica de Chile durante el siglo pasado y parte del actual. Ninguno de estos tres grupos de presión tenía razones de peso para abogar por una política proteccionista¹⁶.

Así, la política de la burguesía dominante en función de sus propios intereses de clase sirvió otra vez para fortalecer aún más a la misma relación de dependencia colonial, que había determinado la estructura y estos intereses de clase en primer lugar. Esto mismo, como veremos en seguida, se evidenció igualmente en las reformas liberales propiciadas por esta misma burguesía liberal.

Reforma liberal

Tal como la propia independencia, las reformas liberales del siglo XIX en Latinoamérica generalmente se interpretan –por parte de los mismos liberales y sus descendientes ideológicos– como una gran transformación de la sociedad nacional, que obedeció a una ola de esclarecimiento ideológico procedente de la metrópoli. Sin embargo, aunque la influencia metropolitana es innegable, tal como

¹⁶ Claudio Véliz, “La mesa de tres patas”, *Desarrollo Económico*, Buenos Aires, t. 3, números 1-2, abril-diciembre de 1963, pp. 237-239.

en el caso de la independencia, esta influencia no fue simplemente ideológica o cultural. Y el hecho de que estas ideas liberales, tal como las del liberalismo también, fueron acogidas y aplicadas en Latinoamérica, tampoco se debe solamente al atractivo innato de estas ideas liberales. Al contrario, como parte de nuestra tesis general, postulamos que las reformas liberales constituyen otro ejemplo más de una transformación de la estructura económica, política, social y cultural, y de su correspondiente viraje político por parte de un sector de la burguesía, que obedecen a un cambio previo de las relaciones coloniales entre la metrópoli y Latinoamérica, y que a su vez terminan en fortalecer todavía más la nueva tendencia colonial. Específicamente, sostenemos la hipótesis de que la reforma liberal se concretó, no en el momento en que la nueva ola de ideas liberales iniciadas por las revoluciones del 1848 en Europa llegó a Latinoamérica, ni solamente porque algunos elementos esclarecidos tenían motivos ideológicos para realizar la reforma, sino que la toma del poder estatal y la imposición de la nueva política liberal se realizó en cada país, solamente después de que un aumento apreciable de la producción y exportación del café, azúcar, carne, trigo, algodón o estaño –según el caso– que colocó uno de estos monoproductos primarios en digamos más del 50% del total de las exportaciones del país, y que por lo tanto fortaleció el poderío económico y político de los liberales para imponer su política liberal, a la par que a la vez aumentó su interés en imponer la misma. Para confirmar, desconfirmar o modificar la hipótesis, habría que averiguar e interpretar las fechas de los gobiernos liberales, de los auges o cambios productivos para la exportación, y los cambios estructurales que de éstos se derivaron, y habría que investigar sus relaciones reales. No es éste el lugar para tal estudio, pero podríamos adelantar algunas sugerencias muy preliminares.

En Argentina, el liberalismo podría eventualmente identificarse a partir del 1862 con el gobierno de Mitre, pero el verdadero dominio liberal no comenzó hasta la unificación del país bajo la hegemonía porteña, después de 1880 durante la época de Roca y más aún después del 1890 de Pellegrini. El gran auge exportador había empezado apenas en 1860 y acelerado después de 1870 y 1880. Para Brasil, habría quizás que considerar la abolición de la esclavitud y la instauración de la República, en 1888 y 1889, como el inicio del liberalismo, que coincidió con el auge cafetalero y paulista que experimentó la década del 80 y después la del 90. En Cuba, país todavía colonial, quizás la independencia frustrada del 68 o la lograda pero desviada del 1895-98, corresponderían al liberalismo, y se relacionan con el gran avance de la producción azucarera después de 1860. En Chile, aunque las revoluciones de 1851 y 1859 fueron formalmente reprimidas, el liberalismo se impuso en beneficio de los intereses de los nuevos agricultores del sur y mineros del norte a partir de 1860 y después del rápido crecimiento cuprífero y triguero (este último estimulado por la nueva demanda triguera de California y Australia a raíz del descubrimiento de oro en 1848 y 1851), crecimiento que cuadruplicó las exportaciones chilenas entre 1844 y 1860.

En el caso centroamericano, el aumento de la producción de café en Guatemala comenzó en 1856 y en 1875 ya era el primer producto de exportación, y la revolución liberal se hizo en 71-73. En El Salvador el café llegó a ser el primer producto de exportación en 1880 y revolución liberal se hizo en el 85. En Costa Rica el café se había hecho el primer producto antes de 1860, y la dictadura liberal empezó 1858 y duró hasta 1867. En Honduras nunca se estableció un régimen de producción de exportación de café como en los otros países, y allí fracasó el intento de la revolución liberal, y cuando se hizo en 1876 era muy limitada. En Nicaragua se planteó en realidad el problema del canal mucho más tarde, y la revolución liberal se hizo en el 92¹⁷.

Otros casos son más difíciles de interpretar. En Perú, una reforma liberal asociada con Castillo y aparentemente ligada al auge guanero y algodónero de estos años, empezó en la década del 1860, pero fue cortada por la Guerra del Pacífico en la década siguiente. En Ecuador la reforma liberal se impuso en 1895 en el gobierno, muy avanzado para la época de Eloy Alfaro. En Venezuela el liberalismo se hace representar por Guzmán Blanco a partir de 1870. En Colombia, el liberalismo se vincula claramente con el crecimiento de la producción cafetalera, pero no logra imponer un dominio liberal como en otros países. En México la reforma liberal de Comofort y Benito Juárez en 1857, parece haber sido precedida por un aumento de los precios agrícolas a partir de 1851 y a partir de 1849-51, por un aumento de la exportación, medida por el tonelaje de las naves que zarparon en Veracruz y especialmente en el puerto de Tampico que sirvió al centro norte del país. Sin embargo, el verdadero Estado liberal mexicano debería quizás buscarse en el porfiriato, cuyo “deslinde” de tierras “baldías” en función de los intereses ligados a la creciente penetración imperialista saltan a la vista.

En cada uno de estos casos, la reforma liberal no se dirigió solamente contra la influencia conservadora del clero y sus seguidores más fieles. La reforma agraria tampoco se limitó a las manos muertas del clero, sino –en un sentido netamente contrarreformista– abarcó igualmente las tierras comunales de los indígenas. Apelando a la supuesta superioridad de la propiedad privada sobre la corporativa o comunal, se santificó el despojo de las tierras de ambos en un grado a menudo superior a la pérdida de tierras indígenas durante la época colonial. Y esta misma tierra rápidamente se concentró en pocas manos particulares y/o corporativas pero laicas, pertenecientes a corporaciones nacionales o extranjeras, que las dedicaron a la monoproducción para el mercado exterior y al nacional que, como en tiempos coloniales, fue ligado al sector minero de exportación. Asimismo, la pérdida masiva de sus tierras obligó a los indígenas latinoamericanos –como a los africanos poco después– a entregarse lisa y llanamente como simple mano de

¹⁷ Para mayores antecedentes, véase el libro de Torres Rivas citado, pp. 21-49.

obra a la creciente agricultura o minería de exportación. Mientras al principio de la reforma los liberales se valieron de acusaciones de “explotación feudal” y “clericalismo” para combatir a sus rivales conservadores en nombre de la “libertad”, una vez que los liberales habían alcanzado el poder e impuesto su política de cada vez mayor dependencia con respecto al creciente imperialismo, y que esta política había generado agravantes conflictos y tensiones económicos, sociales y políticos en el país, los propios liberales se apresuraron a ser los primeros en imponer una política represiva, y aun una dictadura militar, para salvar y servir sus propios intereses económicos, como notoriamente lo fue el caso en el porfiriato mexicano y en las repúblicas bananeras de Centroamérica y las azucareras del Caribe. Así que un mayor análisis del trasfondo económico, social y político de las reformas del siglo pasado no deja de tener algún interés, y quizás de proveer algunas lecciones, para la comprensión del reformismo actual del siglo XX en los mismos países.

Imperialismo

Este período preparó la irrupción del imperialismo y sus nuevas formas de manejo del capital, tanto en la metrópoli como en Latinoamérica, donde los liberales habían concentrado la tierra en pocas manos, creando así una mayor fuerza ociosa de trabajo agrícola y fomentando gobiernos dependientes de la metrópoli, que abrían ahora las puertas no sólo al comercio, sino a las nuevas formas de inversión del capital imperialista, que rápidamente tomaba ventaja de esta situación.

La demanda metropolitana de materias primas y su lucrativa producción y exportación para Latinoamérica, atrajeron el capital privado y público de esta última hacia la expansión de la infraestructura necesaria para esta producción. En Brasil, Argentina, Paraguay, Chile, Guatemala y México (en cuanto sepa el autor, pero probablemente también en otros países), el capital nacional construyó el primer ferrocarril. En Chile, dio acceso a las minas de nitrato y cobre, que iban a convertirse en las principales abastecedoras de fertilizantes y metal rojo del mundo; en Brasil, a los cafetales cuyo grano abasteció casi todo el consumo del globo, y así en todas partes. Sólo después que demostraron ser negocios brillantes –como una y otra vez ha acontecido en la historia latinoamericana–, y cuando Inglaterra tuvo que encontrar salida para su acero, entró el capital extranjero a estos sectores para hacerse cargo de la propiedad y administración de empresas inicialmente latinoamericanas, mediante la compra –a menudo con propio capital latinoamericano– de las concesiones de los nativos.

Un argentino, por ejemplo, pregunta: “¿Cómo se financió el desarrollo después de Caseros? ¿Con los recursos nacionales, o con el capital extranjero, según lo reconocen todos los organizadores?... Pues, en efecto, el desarrollo posterior a Caseros se hizo entre nosotros con recursos nacionales y no con capital extranjero... Entre

1825 y 1890 la Argentina se procuró la mayoría de los elementos del progreso moderno por sí sola: los restantes ferrocarriles que habían de integrar la red nacional (el nord-este de Entre Ríos, el central-norte de Córdoba a Tucumán, el Andino, etc.), el alumbrado a gas, los tranvías de tracción a sangre, en la capital y el interior, el puerto de Buenos Aires... Inicióse en 1877 un movimiento de traspaso de empresas nacionales a compañías extranjeras. Caso primero y típico o modelo de operaciones posteriores fue la venta de la "Compañía de Consumidores de Gas de Buenos Aires..." (que fue) vendida a "The Buenos Aires Gas Company Limited" junto con el convenio que aquélla tenía con la municipalidad de la capital argentina, sin desembolsar un centavo. El pago se efectuó de este modo: la sociedad inglesa mandó a imprimir acciones con títulos en inglés, por un valor igual al capital de la compañía de consumidores, más un paquete de acciones por cinco mil libras, para giro del negocio (porque hasta de eso carecía) y que emitió cuando tomó posesión de la fábrica que compraba tan cómodamente... El único capital británico invertido en "The Buenos Aires Gas Company Limited" era el papel y la impresión de los títulos que se entregaron a los accionistas de la compañía porteña traspasada, más bien que vendida, a la entidad radicada en Londres... Entre el último cuarto del siglo XIX y el primero del XX la Argentina traspasó en forma similar el Ferrocarril Oeste (cuya historia narrada por Scalabrini Ortiz ha quedado clásica), el de Entre Ríos, el Andino, a empresas británicas que en la mayoría de los casos no invirtieron sino el dinero necesario para promover el negocio "forpromotio"¹⁸.

En América Latina, este mismo comercio y capital imperialista hizo mucho más que incrementar el valor de la producción, comercio y beneficios por la acumulación de cerca de 10.000 millones de \$US de inversiones en esa zona. La metrópoli imperialista utilizó su comercio y su capital para penetrar en la economía de Latinoamérica y utilizar su potencial productivo en forma mucho más completa, eficiente y exhaustiva a favor del desarrollo de la misma metrópoli, que de lo que fueron capaces las metrópolis colonialistas. Como anotaba Rosa Luxemburgo sobre un proceso similar, "despojadas de todos sus eslabones oscurecedores, estas relaciones consisten en el hecho simple de que el capital europeo ha absorbido totalmente la economía agrícola egipcia. Enormes extensiones de tierra, trabajo y productos sin número, afluyendo como tributos al Estado, han sido convertidos por último en capital europeo, y acumulados"¹⁹.

¹⁸ Julio Irazusta, *Influencia económica británica en el Río de la Plata*, Buenos Aires, Eudeba, 1963, pp. 71-74.

¹⁹ Rosa Luxemburgo, "The accumulation of capital", New York, *Monthly Review Press*, 1964, p. 438 [hay edic. en esp.].

En realidad, en América Latina el imperialismo fue más lejos y transformó –pero en sentido reaccionario– toda la estructura productiva y de clases. No sólo se sirvió del Estado para invadir la agricultura, sino que tomó posesión de casi todas las instituciones económicas y políticas para incorporar la economía entera al sistema imperialista. Los latifundios crecieron a un ritmo y en proporciones desconocidas en la historia, especialmente en Argentina, Brasil, Uruguay, Cuba, México y Centroamérica. Con la ayuda de los gobiernos latinoamericanos, los extranjeros se adueñaron –casi por nada– de inmensas extensiones de tierras. Y donde no se apropiaron de la tierra, fueron dueños de sus productos, porque la metrópoli también tomó el control y monopolizó el intercambio de los productos agrícolas y la mayoría de los demás. Tomó posesión de las minas de Latinoamérica y aumentó su rendimiento, agotando a veces recursos económicos, como los nitratos de Chile, en pocos años. Para exportar esas materias primas de Latinoamérica e importar sus equipos y mercancías, la metrópoli estimuló la construcción de puertos, ferrocarriles y otros servicios con recursos públicos. Las redes ferroviarias y eléctricas, lejos de ser verdaderas redes, irradiaban y conectaban el interior de cada país, y a veces de varios países, con el puerto de entrada y salida, que a su vez estaba conectado con la metrópoli. Hoy, ochenta años después mucho de este esquema exportación-importación permanece aún, en parte porque el ferrocarril todavía está orientado en esa forma, pero principalmente porque el desarrollo urbano, económico y político orientado hacia la metrópoli –que el imperialismo del siglo XIX generó en la América Latina–, dio origen a intereses de clase creados que, con el apoyo de la metrópoli, mantuvieron y expandieron este desarrollo del subdesarrollo latinoamericano durante el siglo XX.

Es así que, implantada en la era colonial y ahondada en la del libre cambio, la estructura colonial y clasista del subdesarrollo se consolidó en América latina con el comercio y el capital imperialista del siglo XIX. Se convirtió en una economía monoexportadora explotada por una burguesía satelizada actuando a través del Estado corrompido de un antipaís: “México bárbaro” (Turner); las “Repúblicas del Banano” de Centroamérica que no son sino “países-compañía”. “La inexorable evolución del latifundio; sobreproducción, dependencia económica y crecimiento de la pobreza en Cuba” (Guerra y Sánchez); “Argentina británica”; y “Chile patológico”, del que el historiador Francisco Encina escribió en 1912, bajo el título *Nuestra inferioridad económica: causa y consecuencias*: “Nuestro desarrollo económico de los últimos años presenta síntesis que evidencian una situación realmente patológica. Hasta mediados del siglo XIX el comercio exterior de Chile estaba casi exclusivamente en manos de chilenos. En menos de cincuenta años, el comercio exterior ha asfixiado nuestra incipiente iniciativa comercial; y en nuestro propio suelo nos eliminó del comercio internacional y nos desalojó, en gran parte, del comercio al detal (...) La marina mercante (...) ha caído en triste dificultades y sigue cediendo campo a la navegación extranjera aún en el comercio de cabotaje. La mayoría de las

compañías de seguros que operan entre nosotros tienen su casa matriz en el exterior. Los bancos nacionales han cedido y siguen cediendo terreno a las sucursales de los bancos extranjeros. Una porción cada vez mayor de bonos de las instituciones de ahorro está pasando a manos de extranjeros que viven en el exterior”.

Con el desarrollo de la nueva estructura colonial del imperialismo del siglo XIX, el capital extranjero vino a jugar un papel casi equivalente al del comercio exterior en la tarea de transformar la estructura económica, social y política de Latinoamérica hasta que la estructura de su subdesarrollo estuvo firmemente consolidada.

Pero no debe pensarse que este proceso de penetración imperialista de la economía latinoamericana obedeció a un impulso meramente metropolitano; fue igualmente un resultado de la atracción y cooperación por parte de la propia burguesía latinoamericana, cuya política de clase en esta época, tal como lo hizo en las anteriores y habrá de volver a hacerlo en otras etapas posteriores, aceleró esta penetración, fortaleció la dependencia y profundizó el subdesarrollo en Latinoamérica. Según un estudio de caso en el estado mexicano de “San Luis Potosí, un puñado de familias de élite, en unión muchas veces con capitalistas extranjeros, dominaba la vida económica, política y social. Un sistema de intereses económicos que enlazaba centros financieros, minas y explotaciones agrarias y tendía cada vez más a la industrialización, el monopolio, la mecanización, el logro de beneficios y la participación del capital extranjero, introdujo grandes cambios en toda la estructura social del Estado... A menudo, hombres de negocios locales pertenecientes a familias de élite promovieron y defendieron las inversiones extranjeras, saludando la construcción de nuevos ferrocarriles para comerciar sus minerales y su producción agrícola. Por lo demás, un avisado hombre de negocios de San Luis Potosí que se procurara una concesión ferroviaria del Gobierno Federal, podía venderla con buen beneficio a inversores norteamericanos. Precisamente, fue lo que hizo el Gobernador Pedro Díez Gutiérrez en 1888... dejando de lado los proyectos de prolongar la línea hasta Río Verde, lo que hubiera constituido un beneficio para la economía nacional, los ingenieros norteamericanos completaron el tramo, más corto y más barato, de las minas de Matehuala a la línea troncal... Ciertas familias terratenientes tenían plena conciencia de las nuevas oportunidades económicas que abría el aflujo de capital norteamericano y la construcción de ferrocarriles y carreteras en el Estado. No fue coincidencia que la primera organización promocional de industriales de San Luis Potosí se fundara —el 27 de mayo de 1905— como centro ‘agrícola’ e industrial Potosino... En su junta directiva figuraban grandes terratenientes y ganaderos... personajes de la industria minera ... e industriales... Abundantemente representados estaban dos de los mayores latifundios del Estado. El nuevo Centro agrario-industrial dio la bienvenida a inversiones norteamericanas en la industria local: las funderías de los Guggenheim”²⁰.

²⁰ James D. Cockroft, *Intellectual precursors of the Mexican revolution 1990-1993*. Austin, University of Texas Press, 1968, pp. 13-14, 17, 25-26.

José Luis Ceceña confirma que estas políticas del subdesarrollo de parte de la burguesía, que fortalecieron los mismos lazos de dependencia que las había auspiciado en primer lugar, fue la regla de todo México: “Durante el Gobierno del General Porfirio Díaz (1876-1911) el capital extranjero penetró profundamente en la economía mexicana... no favoreció el surgimiento de una burguesía mexicana independiente ... Altos funcionarios del gobierno, incluyendo miembros del gabinete del general Díaz, tenían estrechas ligas con los inversionistas extranjeros ... Un buen número de gobernadores de los estados, miembros del Congreso y representantes de la burguesía ... participaron en empresas extranjeras y que tenían también inversiones en negocios bancarios, industriales, mineros, comerciales, etc., a la vez eran grandes latifundistas”²¹.

²¹ José Luis Ceceña, “La penetración extranjera y los grupos de poder en México (1870-1910)”, Problemas del Desarrollo. *Revista Latinoamericana de Economía*, México, año I, n° 1, octubre-diciembre de 1969, pp. 79-80.

Bibliografía de André Gunder Frank*

Libros

Reorient: global economy in the Asian age, Berkeley, California, University of California Press, 1998.

El desafío de la crisis: crisis económica mundial, ironías políticas internacionales y desafío europeo, San José, Costa Rica, Nueva Sociedad, 1988.

Reflections on the world economic crisis, Londres, Reino Unido, Hutchinson, 1981.

Crisis: in the world economy, Londres, Reino Unido, Heinemann, 1980.

La acumulación mundial, 1492-1789, Madrid, España, Historia Akal, 1979.

Reflexiones sobre la crisis económica. Barcelona, España, Cuadernos Anagrama, Serie economía – 146, 1977.

Sobre el subdesarrollo capitalista. Elementos críticos, 2, Madrid, España, Anagrama, 1977.

América Latina: subdesarrollo o revolución, El hombre y su tiempo, México, D.F., Era, 1973.

Lumpenburguesía: lumpendesarrollo: dependencia, clases y política latinoamericana. Colección Estados Unidos y América Latina, Buenos Aires, Argentina, Periferia, 1973.

Sociología del subdesarrollo y subdesarrollo de la sociología, Barcelona, España, Cuadernos Anagrama, Edit. Anagrama, 1971.

* Las referencias bibliográficas mencionadas se encuentran fundamentalmente en la Biblioteca "Ernesto Peltzer" del Banco Central de Venezuela.

Economía política del subdesarrollo en América Latina. Buenos Aires, Editorial Signos, Argentina, 1970.

Capitalismo y subdesarrollo en América Latina, Biblioteca del pensamiento crítico, Colección economía y sociedad, Buenos Aires, Argentina, Editorial Signos, 1970.

Capitalism and underdevelopment in Latin America: historical studies of Chile and Brazil, Nueva York, Modern Reader Paperbacks, 1969.

Artículos

La dependencia de Celso Furtado. <http://www.eumed.net/cursecon/textos/2005/agf-depende.htm>

La dependencia ha muerto, viva la dependencia y la lucha de clases. <http://www.eumed.net/cursecon/textos/2005/agf-critic.html>

Bibliografía detectada en la Enciclopedia Multimedia Virtual interactiva y Biblioteca Gratuita (EMVI) (<http://www.eumed.net/ce/2005/tds-agf.htm>)

Libros

General productivity in soviet agriculture and industry, JPE, 1958.

Goal ambiguity and conflicting standards: an approach to the study of organization, Human Organization, 1958,

The development of underdevelopment, MRP, 1966.

Capitalism and underdevelopment in Latin America, 1967.

Latin America: underdevelopment or revolution, 1969.

Lumpenbourgeoisie, lumpendevlopment, 1972.

On capitalist underdevelopment, 1975.

Economic genocide in Chile: equilibrium on the point of a bayonet, 1976.

Long live transideological enterprise: the socialist economies in the capitalist international division of labor, Review, 1977.

World accumulation, 1942-1789-1978.

Dependent accumulation and underdevelopment, 1978.

Mexican agriculture 1521-1630: transformation and the mode of production, 1979.

Crisis in the world economy, 1980.

Crisis in the Third World, 1981.

Reflection on the economic crisis, 1981.

Dynamics of Global Crisis, con S. Amin, G. Arrighi and I. Wallerstein, 1982.

The European challenge, 1983.

Critique and anti-critique, 1984.

"Ten theses on social movements", con M. Fuentes, *World Development*, 1989.

Theoretical introduction to five thousand years of world system history, 1990.

Artículos

"Civil democracy, social movements in world history", con M. Fuentes, 1990, en Amin *et al.*, *Transforming the Revolution*.

"Revolution in eastern Europe: lessons for democratic socialist movements (and socialists)", 1990, en Tabb, ed., *Future of socialism*.

"The underdevelopment of development", con M.F. Frank, en Savoie, editor, *Equity and efficiency in economic development*.

"Globalization, 1400-1800. *Reorient: global economy in the Asian age*, Berkely, California, University of California Press, 1998.

"Third World War: a political economy of the Gulf War and new world order", 1991, http://www.rrojasdatabank.org/agfrank/gulf_war.html

Bibliografía publicada en la revista *Nueva Sociedad*

André Gunder Frank. *¿Es posible desactivar la bomba de la deuda?* http://www.nuevasoc.org.ve/upload/anexos/foro_481.pdf

André Gunder Frank y Marta Fuentes. *Para una nueva lectura de los movimientos sociales*, http://www.nuevasoc.org.ve/upload/anexos/foro_482.pdf

André Gunder Frank. *Rumbo a la quiebra. El casino globonómico y la ruleta americana*. http://www.nuevasoc.org.ve/upload/anexos/foro_483.pdf

La Revolución de Europa Oriental de 1989. http://www.nuevasoc.org.ve/upload/anexos/foro_484.pdf

Nueva visita a las teorías latinoamericanas del desarrollo. Un ensayo de reseña participativo. http://www.nuevasoc.org.ve/upload/anexos/foro_486.pdf

Este suplemento se terminó
de imprimir en los talleres de
Xxxxxx Xxxxxxx
Caracas, Venezuela
Diciembre 2005

